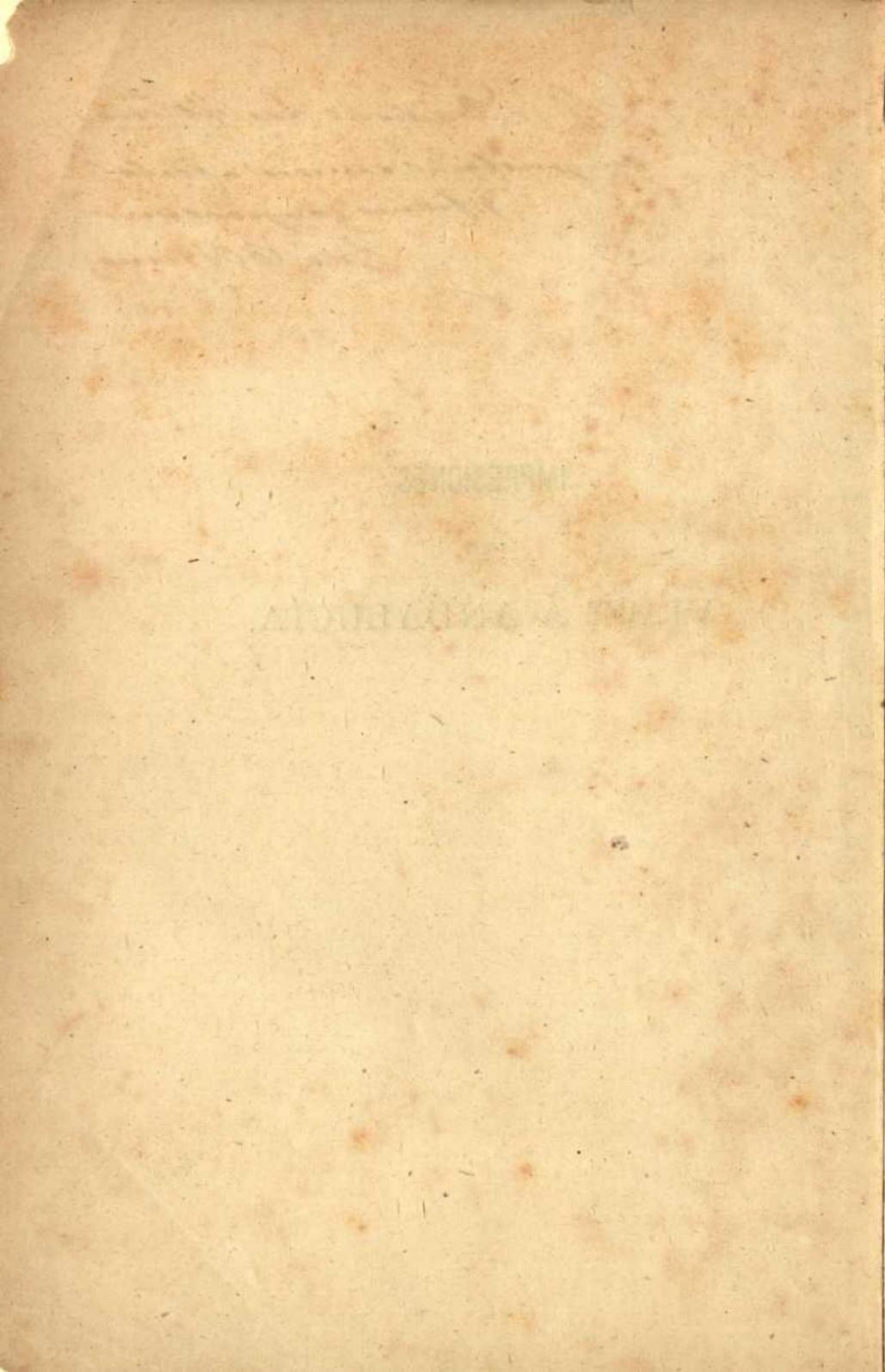


*Al Sr. Director de Las Noticias
en prueba de sincero afecto
& franco compañerismo
José C. Ormaiztegui*

IMPRESIONES

DE UN

VIAJE Á ANDALUCÍA.



IMPRESIONES

DE UN

VIAJE Á ANDALUCÍA,

CON

S. M. EL REY DON ALFONSO XII.

POR

DON INOCENCIO ESPERANZAS

(JOSÉ C. BRUNA).



MADRID.

IMPRESA, ESTEREOTIPIA Y GALVANOP.^a DE ARIBAU Y C.^{ia}
(SUCESTORES DE RIVADENEYRA),
impresores de Cámara de S. M.,
calle del Duque de Osuna, núm. 8.

1877.

Es Propiedad. Queda
hecho el depósito según
marca la ley.



R. 56.561

Á S. M.

EL REY

DON ALFONSO XII

tiene la alta honra de dedicar estas Impresiones

El Autor.

A. S. M.

III. 1887

DON ALFONSO XII

Don Alfonso XII

1887

UNA ADVERTENCIA,
UN RAZONAMIENTO Y UNA ACLARACION.

Lo que aquí pongo ántes que nada, es lo que he escrito despues de todo. Por eso, más que prólogo, pudiera ser epílogo.

Dispensa, lector mio, la *trasposicion*, y admite desde luégo que este libro no es una crónica régia, sino las impresiones de un viaje debido á la magnánima galantería de D. Alfonso XII.

Tales como he recibido estas impresiones las he ido apuntando, y con el fin de evitar una monotonía demasiado pesada, he suprimido detalles más propios de una reseña oficial que de un viaje de instruccion y placer, aunque mejor pudiera llamarse de instruccion y fatigas.

En cuanto á notas y datos, he procurado la mayor exactitud, siendo no pocos los obstáculos que he tenido que vencer, en ciertos casos, para obtenerla, y ahora faltaria á ella, cometiendo ademas

una injusticia, si no tributase las más expresivas gracias á cuantas personas me han favorecido con apuntes, ó de cualquier otro modo me han prestado su cooperacion. Várias de estas personas pertenecen al sexo bello y galante por excelencia, y para ellas es todavía mayor el agradecimiento que abrigo de tan exquisita bondad.

Si tengo la desgracia de que te parezca mi obra demasiado larga, redúcela á tu antojo, terminándola donde mejor te acomode. El remedio es fácil. Pero si hiciera mi fortuna que corta te pareciese, amplíala en tu imaginacion como te plazca, y estoy seguro que de ese modo hará tu mente lo que no hubiera sabido hacer mi pluma.

Ahora bien: si al concluir la no te hallases ni cansado de haberla leído, ni deseoso de verla ampliada, entónces tu satisfaccion habrá realizado mi esperanza.

No me culpes, por lo demas, de haber hecho uso de un lenguaje algo elevado, junto á otro enteramente vulgar, ni me hagas cargos por haber mezclado frases altamente poéticas entre otras supinamente prosáicas. Yo he visto en este viaje el palacio junto á la choza; la ignorancia junto al saber; la hortaliza de los campos al lado de la flor de los jardines.

Pero lo que más me ha inducido á creer que éste claro y oscuro, léjos de ser desagradable, establece una cierta armonía y representa con más

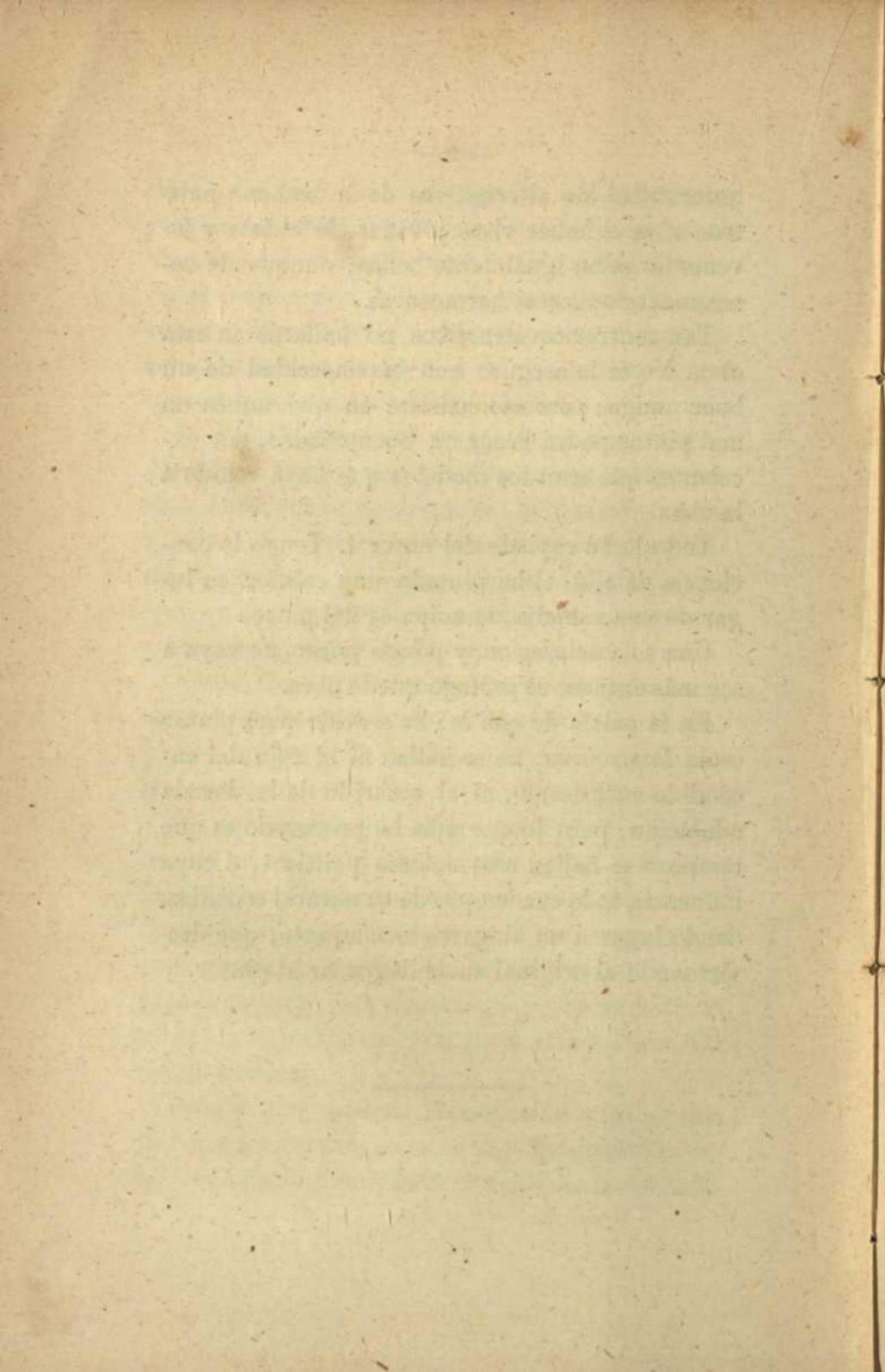
naturalidad las alternativas de la humana existencia, es el haber visto jóvenes de aldeas y jóvenes de salon igualmente bellas, aunque de enteramente opuestas hermosuras.

Tan contrarios atractivos nó hallarás en esta obra. Yo te lo aseguro con la sinceridad de un buen amigo; pero eso consiste en que nunca un mal pintor podrá hacer un buen cuadro, por excelentes que sean los modelos que haya tenido á la vista.

Todo lo he copiado del natural. Tengo la conciencia de ello; si he pintado una coliflor en lugar de una camelia, la culpa es del pincel.

Una sola aclaracion, y pongo punto, no vaya á ser más extenso el prólogo que la obra.

En la paleta de que me he servido para pintar estas *Impresiones*, no se hallan ni el rojo del encendido entusiasmo, ni el amarillo de la dorada adulacion; pero lo que más he procurado es que tampoco se hallen esos colores políticos, á cuya influencia todo cuadro pierde su natural sencillez, dando lugar á un abigarrado conjunto, que desvirtuando el original suele degradar al pintor.



I.

LOS PRIMEROS PASOS.

Descripcion de *Elinazar*.— Mi predileccion por los viajes.— Las notabilidades del pueblo.— El Alcalde de X.— Empieza mi excursion.— Llegada á Almería.— Peticion á S. M.— Influencia del *Jerez* para tomar ciertas decisiones.— Mi presentacion en la *Vitoria* y sus efectos.

El pueblo de Elinazar no se encuentra ni en el mejor Diccionario geográfico del mundo, ni en el más detallado mapa de Andalucía. Esto no impide que se encuentre en Andalucía, y por consiguiente en el mundo.

Si quereis hallar su topografía, romped una cuartilla de papel blanco en diez ó doce pedazos, y arrojadlos al azar sobre un metro cuadrado de musgo. Tal es el efecto que hace mi pueblo observado á vista de pájaro.

Ahora que le habeis conocido, voy á presentaros á uno de sus hijos. Antes el amor patrio que el amor propio.

Yo, señores (pues os presento mi propia individualidad) abrigo una decidida pasion por los viajes, y he probado tener la paciencia de leer muchísimos sin haber hecho ninguno. Pero el de S. M. á estas provincias avivó el nunca apagado fuego de mi espíritu emprendedor.

¿ Si yo pudiera ir con el Rey, — me dije — ¿ no ve-

ria, como en ninguna otra ocasion, lo más notable de Andalucía en costumbres, en artes, en todo, en fin? Mas ¿cómo lograrlo?

Tenía la *idea*; faltábame la *accion*.

Aquella noche no dormí. Pero á la mañana siguiente noté, con sumo disgusto, que habia perdido en sueño lo que no habia ganado en propósitos.

Ahora bien; casi toda la *crema* del pueblo se reúne diariamente en mi casa, y como fuera día de reunion el siguiente al de mi insomnio, tuve el gusto de ver en ella á los vecinos más notables de Elinazar, que eran y son todavía : D. Facundo, capitan retirado, hombre de cincuenta á sesenta años y con cuarenta ó cincuenta heridas ganadas, segun dice, en el campo del honor; D. Atanasio, que habiendo quedado cesante en el 68, su buena esposa desde dicha época no ha cesado de darle disgustos en forma de hembras y varones; Doña Catalina, viuda de un empleado en puertas, y su hija Carmencita; Federiquito, jóven melencólico á quien sus padres mandaron á Elinazar para que se robusteciera, miéntras lo que en él se robustece es un amor platónico hácia Carmencita; y la tia Teresa, en fin, que vende huevos frescos por la mañana, batatas calientes por la tarde y se ocupa en sus asuntos domésticos por la noche.

Reunidos todos, lo primero que notaron fué que yo estaba pensativo y taciturno. Hiciéronme mil preguntas sobre aquel estado excepcional, y como el dolor se disminuye cuando se comparte, y se comparte cuando se comunica, yo no tardé en comunicarlo á mis vecinos que estaban tan léjos de imaginarlo como algunos diputados de hacer la felicidad del país.

Todos me hicieron objeciones, é intentaron quitarme de la cabeza una tal idea. Pero yo les respondí:

— Señores, mi resolución está tomada y sólo desearia que VV. me iluminasen sobre el modo de llevarla á efecto.

— Yo — dijo la tia Teresa — quizás pueda hacerlo.

— Veamos — exclamé con alegría y desconfianza.

— El señor Ministro de Gracia y Justicia sé que escribe de cuando en cuando al señor Obispo de Almería, y el señor Obispo de Almería se ha dirigido varias veces al señor Cura de San Francisco. Ahora bien, el señor Cura es muy amigo de Doña Tecla Benijoso, que vive en el mismo pueblo, y á la que yo serví durante tres años. Escríbame V. una carta para esa señora, y ella se lo dirá al Cura para que se lo escriba al Obispo; el Obispo se lo escribirá al Ministro, y el Ministro se lo dirá á S. M.

— Y ántes, tia Teresa, que mi petición termine su viaje, el Rey habrá ya descansado del suyo á Andalucía, dado siempre el caso de que la carta no sirva á doña Tecla para liar una madeja de hilo ó envolver alguna otra cosa.

En aquel instante el cartero llegó á la puerta de la casa y me entregó el *Correo de Andalucía*.

Busqué con ansiedad los partes telegráficos y encontré uno que decia lo siguiente:

« Madrid 21, á las once y cuarenta y cinco minutos de la noche. — Ha salido el Rey acompañado de Cánovas y Antequera. »

Un cubo de agua de nieve echado por la cabeza no me hubiera dejado más frio. Ya S. M. estaba en viaje y yo discutia aún el modo de ir á acompañarle.

Desde aquel dia, todo telégrama participando las llegadas ó las salidas del Rey, encendia ó debilitaba en mi imaginacion la idea que era su tormento. Una mañana, en fin, leí que en breve debia llegar á Almería, y como me hallaba tan próximo á ella, y justamente era la primera poblacion de Andalucía que esperaba visitar don Alfonso XII, tomé una resolucion definitiva; monté en una burrilla de mi propiedad, y me dirigí al pueblo más inmediato para que el alcalde me diese un pasaporte ó cosa equivalente con que poder presentarme á la competente autoridad.

Éste se mostró muy fino y me entregó el siguiente documento, merced al cual me doy tambien á conocer á mis lectores en lo físico y en lo moral:

« Yo D. N. N. alcarde que soy de X por la gracia de las Elecciones, rruego á las autoriades superiores dejen libre el tránsito á Don Inosensio Esperanzas y no le pongan impedimientos, reconociendóse por las arjuntas « señas y datos »:

EDAD.— *Dos duros y diez y nueve riales.*

ESTATURA.— *Como yo, poco mas ó menos.*

CARA.— *Redonda cuando está alegre y larga cuando está triste.*

OJOS.— *Serrados toavia á la luz de la esperencia.*

NARIS.— *Vastante larga, pero nó buena.*

BARBA.— *En la mesma positura que vá en este pasaporte ó sea por vajo de la nariz.*

CABELLOS.— *Blancos cuando se alevanta y negros desde medio dia en adelante.*

COLOR.— *político nenguno.*

PUNTO DE SU NACIMIENTO.— *Elinazar.*

OCUPACION.— *Nenguna.*

SEÑAS PARTICULARES.— *Save leer.* »

Con este detallado y gráfico documento que hará sin duda época en los archivos del municipio de X, volvíme á Elinazar, y me despedí en una media hora de todos sus habitantes, sin exceptuar á Pedro, mi buen criado, á quien dí un mes de licencia, abonándoselo anticipadamente.

Viendo que la cosa iba de véras, el capitan retirado se volvió la casaca sin quitársela, me auguró un buen viaje y quiso que influyera en favor suyo; D. Atanasio, que rogára á S. M. hiciera por que volviesen á colocarle aunque fuera como alcalde de Elinazar, cuando éste llegára á ser pueblo oficialmente; doña Catalina me entregó varios papeles para que hiciese valer los derechos de su viudedad; Carmencita me encargó la llevase al ménos una paloma de las que arrojasen al Rey; la tia Teresa, que diese un *viva* en su nombre, y Federico, el melencudo, me entregó una poesía original para que yo la declamase á S. M. Esta poesía la hubiera condenado un amigo de VV. á servir de mecha para encender candela, ó á cosa por el estilo; pero hoy, en vista de las otras muchas que he visto, me parece sublime.

El pueblo salió á despedirme al camino recordándome cada cual su deseo y su esperanza.

La única cara que entre todas vi triste fué la de Pedro; no decia nada, pero expresaba mucho.

— Buen viaje, señor, — exclamó al fin, llevándose el pañuelo á los ojos y viendo que me alejaba.

— Queda con Dios — le respondí; — y éstas fueron las últimas palabras que repitieron las montañas de Eli-

nazar y que yo en mi fantasía interpreté como el saludo cariñoso de aquellas rocas testigos anteriormente de mis primeras ilusiones y quizás, en el porvenir, de mis postremos desengaños.

En un pueblecito próximo dejé la burra á un molinero que ya me me habia servido várias veces, y tomé una especie de tartana ó diabla para ir hasta Almería. He dicho *tartana* ó *diabla* y los dos nombres le cuadraban perfectamente: tartana, porque era imposible hablar dentro de ella sin *tartamudear*, tales eran los continuos saltos que pegaba; y diabla, porque parecia enteramente construida en los talleres de Pluton; tan *infernál* era la pobre.

Dos dias despues de lo que acabo de referir llegaba á Almería, no sé si hecho pedazos ó enteró; si con huesos ó sin ellos; si muerto ó vivo. Recogí mi equipaje que era una sola maletilla, más la indispensable sombrerera, y supe que S. M. habia llegado y que se márchaba aquella misma noche para Málaga.

Esta noticia fué para mí el trueno gordo. Saqué el reloj y vi que señalaba las nueve de la mañana. Consulté con mi cabeza lo que debia hacer, pero el estómago empezó á tomar parte en la cuestion y conocí que todo era inútil si no le daba algo para acallarle, pues de tal modo influian sus razones en mis piernas que acabaron por negarse completamente á seguir la una á la otra.

Entré en un *restaurant* y me dejé caer en una silla, poniendo junto á ella el equipaje.

— ¿ Quiere V. tomar algo? — me dijo un camarero.

— Sopas con buen caldo — le respondí — y verémos despues.

Lo que pedia fué servido, excepcion hecha del buen caldo, y me acerqué á una mesa donde ya dos oficiales de marina habian dejado, como restos de su almuerzo, huesos de chuletas y cáscaras de nueces.

— Parece que está V. muy cansado, — me dijo uno de ellos.

— Lo parece y lo estoy, pues hace poco que he salido de la Inquisicion.

— ¿De la Inquisicion? — exclamó el otro apurando una copa de vino tinto. — ¿Se ha escapado V. de los carlistas?

— No, señores; acabo de dejar una tartana.

— ¡Tartana! — prorumpió el más jóven; — no me hable de ellas; prefiero una borrasca en alta mar á ese vehículo en buen arrecife.

— Pero lo peor es que quizás no haya llegado á tiempo.

— ¿Venía V. á ver al Rey?

— Precisamente.

— Pues llega oportunamente, porque no salimos hasta la noche.

— ¿Salimos ha dicho usted? ¿Luego vienen con S. M.?

— Desde que se embarcó en la *Vitoria*.

— Y ¿pudieran VV. dejarme un sitio á bordo? — pregunté sin haber pensado la pregunta ni un solo momento.

Ambos oficiales se miraron mutuamente, como diciéndose: ¿estará loco? Y luégo añadió el ménos jóven:

— Si nosotros hiciéramos el viaje por nuestra cuenta, ya estaria complacido, pero.....

— Sin embargo, VV. pudieran tener influencia.....

— ¡Influencia nosotros!—dijeron volviéndose á mirar mutuamente.—Ni se sabe siquiera que existimos á bordo. Nada, nada, á querer V. seguir este viaje de fatigas y peripecias, dirijase al Jefe supremo, y como no hay verdaderos imposibles en este mundo, puede ser que tengamos el gusto de verle mañana á bordo de la *Blanca*, de la *Numancia* ó hasta de la misma *Vitoria*.

Dicho esto se despidieron, pagaron el almuerzo y salieron hablando sobre las mayores ó menores probabilidades, no de mi viaje, sino de seguir siendo correspondidos por dos señoritas cúrsis que habian conocido en Valencia.

Me quedé solo ; sólo ante unas lonjas de jamon que parecian pedazos de papel de seda color de rosa, y ante una botella en cuya etiqueta se leia : *Jerez*.

Esa etiqueta parecia decirme :

— Bébeme, hombre, ya que no has de visitarme.

— Pues he de beberte—exclamé—y entre lonja y lonja de aquella carne, que algun dia estuvo cubierta de cerdas, me bebí hasta cinco copas, las cuales me animaron mucho más que la taza de sopas.—Pero era necesario tomar una resolucion y la tomé en aquel instante. Pedí un pliego de papel grande y de la mejor calidad, una pluma buena y un tintero, cuyo contenido no fuera betun, líquido semi-sólido que se usa comunmente para escribir, en muchos *restaurants*, y en no pocos cafés. Servido bastante bien en esta ocasion, tomé el pliego, mojé la pluma, y escribí lo siguiente :

« Señor: el que suscribe, D. Inocencio Esperanzas, » á quien es imposible que V. M. conozca, desea tan » sólo verle de cerca, acompañarle en su viaje á Andu- » lucía y estampar despues en algunas hojas de papel las » impresiones de su viaje.

» Esperando, Señor, de vuestra augusta magnanimi- » dad una respuesta, soy de V. M., etc., etc. »

Hecho esto, pagué el almuerzo, metíme la petición en el bolsillo, y dejando recomendado el equipaje al fondista, lancéme á la calle. No me pregunten VV. si Almería habia levantado arcos, ni si los preparativos habian sido más ó ménos lujosos; yo no veía más que mucha gente, y eso porque me estorbaba.—En cierta plaza hallé cerrado el paso, lo que me hizo pensar que el Rey no habia llegado aún á aquel sitio. A fuerza de dar codazos y de recibir imprecaciones, conseguí ponerme en primera fila. Quise adelantar, pero un guardia civil me lo impidió, y logré sólo quedarme á su lado. El edificio que debia recibir la visita de S. M. estaba á pocos pasos y yo casi á la puerta.

No podia darse mejor colocacion.

Diez minutos estuve siendo piedra de aquella muralla viva tras la que se agitaba un mar de espectadores, sacando la cabeza los unos por encima de los otros como si se estuvieran ahogando.—De pronto un murmullo general circula por toda la línea; se hacen mayores los apretones, se grita por todos lados, los guardias presentan las armas, y una banda de música que yo tenía enfrente y no habia visto hasta entónces, rompe con la Marcha Real.

Era el instante decisivo. Tales instantes son siempre

agitados, sea cualquiera la causa. El corazón late con inusitada vivacidad; la cabeza se enciende; la cortedad y la modestia se esconden, y hace el hombre todo lo que hay que hacer, sin darse cuenta de nada de lo que hace.

Esto me sucedió entónces.

Veo bajar del coche á S. M.; doy dos pasos hácia adelante, sombrero en mano, y le entrego el pliego que desdobra sin detenerse: lo pasa por la vista con una rapidez asombrosa, y volviendo la cabeza, me dice sonriéndose:

— Concedido.

Oir esta palabra y abrazar al guardia civil que tenía al lado, fué obra de un relámpago. El guardia, sin dejar de presentar las armas, me sacude con ímpetu sobre la muralla viva. Caigo sobre una vieja que no estaba muerta; la piso sin querer un pié que tenía malo; grita, se arma el barullo que es consiguiente; logro encontrar una salida, y corro á donde habia dejado el equipaje, para no abandonarlo hasta despues de haber dado la vuelta á Andalucía.

Sin embargo, una vez fuera de aquel estrépito de voces, la de la Razon me dijo:

— Cierto es que has logrado en parte lo que deseabas; pero ¿cómo vas á llevarlo á efecto? ¿Dónde está la licencia para que te reciban á bordo? Pocas horas quedan, y si la escuadra se marcha no habrás llevado de tu viaje más que un recuerdo, un *cencedido*.

En verdad que la Razon no carecia de ella, pero una vez en el *restaurant* quise ver si el Jerez volvia á darme otra idea luminosa y discutirla en buena ley con la antedicha señora.

El Jerez fué franco y me dijo confidencialmente :

« La timidez, en estos casos, es una enfermedad que hace morir de consuncion hasta los más insignificantes proyectos. Sino te hubieras puesto hoy delante te hubieras quedado atras, y quedándote atras te hubieras quedado con la peticion en el bolsillo. Sigue mi consejo: toma el equipaje sin pérdida de tiempo y vuela á la *Vitoria*. Entra resuelto en ella. Que no se lea en tu rostro ni la duda ni la incertidumbre. Sube á cubierta, como si llevarás en el bolsillo todos los requisitos para obrar de ese modo, y nadie te los pedirá. Pero si te presentas saludando con tímida cortedad, si vacilas en tus respuestas, si te empequeñeces, en fin, no esperes lograr nada ni en este viaje ni en el de la vida, la cual, despues de todo, no es más que otro viaje desde la cuna hasta la eternidad.»

La razon, como la verdad, no puede ser más que una, y ahora veo que la inspirada por el Jerez es la que en la sociedad debe seguirse. Necesitaba, sin embargo, aquel estímulo para emprender aquel consejo. Y es que el hombre cuando vive aisladamente, se crea una especial timidez que áun siendo la expresion de la verdad, no da en los actos sociales los mejores resultados.

Dos horas despues, una barca negra, como medio tiburón cortado longitudinalmente, hendía las aguas. Nada iba dentro que pudiera inspirar la imaginacion de un novelista, y mucho ménos de un poeta. Los remos entraban y salian del agua con una pasmosa lentitud, y yo veia agrandarse poco á poco la *Vitoria*, como si ella fuese la que á nosotros se acercaba.

Cuando abordamos la enorme masa, á cuyo costado parecia mi pequeña embarcacion una cáscara de bellota, me hice dar el equipaje.—Sobreponiéndome á la impresion que sentia, entré resueltamente en el buque, y colocando la maletilla con la sombreroera en un sitio cubierto que allí habia, esperé la pregunta, que no se hizo esperar. Pero ya la barca estaba despedida, y yo estaba á bordo.

Un jóven guardia marina, muy fino por cierto, me dijo al fin llevándose la mano á la gorra:

—Caballero, suponiamos que V. venia á ver el buque; pero como quiera que ha subido el equipaje y ha despedido el bote, parece que son otros sus deseos.

—Y su duda es justísima, caballero guardia marina; pero cesará cuando le diga que S. M. se ha dignado permitirme le acompañe en el viaje emprendido, y que para no quedarme en tierra, he anticipado la venida.

El guardia marina quedó indeciso por algunos instantes, pero la seguridad con que yo habia hablado y el riesgo á que me exponia si lo dicho hubiera sido falso, le hicieron comprender, segun imagino, que no debia insistir, y se retiró despues de haberme cortésmente saludado.—La razon del Jerez iba triunfando.

Algo entrada la noche sentí un poco de frio, acompañado de hambre, y como los gatos (dispénsese yo mismo la comparacion) que, cuando entran en un sitio desconocido, todo les asusta, pero poco á poco van husmeando y metiéndose ya por aquí, ya por allí, acabando por recorrerlo todo con la mayor suavidad, así yo, adelantando y retrocediendo, tanteando y siem-

pre con precaucion para evitar un *aquí no se puede*, intenté bajar por una escalera, lo hice y me hallé en las baterías.

Nuevas miradas, pero continuado silencio.

De las baterías bajé á la cámara. Allí habia otros muchos equipajes, y conceptuando que el mio debia acompañarlos, subí por él y lo puse al lado de sus compañeros, que ni le miraron ni le dirigieron la palabra.

El frio y el hambre me habian llevado á aquel sitio, que tenía mucho de sala, pero nada de comedor. Sentéme en una butaca; apoyé la cabeza y púseme á pensar en el *¿yo, cómo, como?*, silogismo de filosofía no alemana, y por consiguiente, al alcance de cualquier maestro de escuela.

Cerré los ojos para recapacitar mejor, pero no sé si el cansancio, la debilidad ó lo confortable de aquel sitio, fué la causa de que me viera trasportado en un instante desde la poltrona en que me hallaba á los brazos de Morfeo, el cual no quiso desprenderse de mí hasta la aurora del siguiente dia.

II.

CAMINO DE MÁLAGA.

Día 18.

Impresiones matutinas á bordo.— El regio almirante.— MÁLAGA : El club de *la Guasa*. — La Catedral. — El *Te-Deum*. — Recepcion oficial.— Exposicion artistico-industrial-agricola.— Mi nuevo amigo.— Premios á la abnegacion.— ¿Cuerpo de bomberos? — ¡A los toros! — La Alameda, varias calles y algunos edificios públicos.— Un frac por una levita.— *La Sociedad filarmónica*. — Bellezas femeninas.— La fonda de la Alameda.— Un tranquilo sueño.

El domingo 18 de Marzo, víspera del festejado Patriarca San José, amanecí en el mismo sitio donde me habia dormido la noche anterior.

Hallábame ménos cansado, pero no con ménos apetito. En él pensaba, cuando un ruido que no era ciertamente el del vapor, hizome alzar la cabeza. Parecia que el techo se venia abajo. Levantéme de la butaca para saber lo que pasaba, y no habia dado dos pasos, cuando se me presenta un soldado de infanteria de Marina diciéndome si quiero té, café ó chocolate.

— Las tres cosas y con tostadas, — iba á responder mi estómago á tan inesperada pregunta, pero yo le hice callar y contesté :— chocolate.

— ¿Con bizcochos? — volvió á preguntar el soldado.

— Lo mismo me da—añadí; pero como en realidad no me daba lo mismo, ya que se retiraba, le llamé y le dije:

— Tráigalo con bizcochos, si no le molesta.

Cinco minutos despues estaba servido, y miéntas lo tomaba, le pregunté su nombre al soldado.

— Francisco, para servirle— me respondió.

— Lo celebro. ¿Y pudiera V. decirme lo que produce tanto ruido?

— Es que están baldeando.

— ¿Y qué es eso? — exclamé con inquietud.

— Nada, señor; baldear es limpiar el barco.

Subí á los pocos momentos y pude observar, por vez primera en mi vida, aquel trabajo tan ordenado como mecánico.

El oficial de guardia que se hallaba sobre cubierta, jóven muy distinguido por cierto, me preguntó si habia pasado bien la noche, y se mostró comunicativo en alto grado.

— ¿Hace mucho que está V. de guardia?

— Tres horas. Ya no me queda más que una; pero le aseguro á V. que esas cuatro parecen de noche siglos.

— ¿Y hasta qué hora duerme S. M.?

— Hasta que el dia amanece. Ya le verá V. dentro de poco sobre cubierta. Nadie diria que ha salido de palacio para entrar en esta fragata.

— ¿No exagera V.?

— Dentro de poco tiempo, le repito, me dará la razon. ¿Fuma V.? — dijo ofreciéndome un tabaco.

— Lo acepto con sumo gusto.

— ¡Mecha! — gritó el oficial.

Yo volví la cabeza para ver si iban á disparar algun cañon.

— ¡Mecha! — volvió á repetir con más fuerza mi interlocutor.

Entónces salió de debajo de la toldilla un marinero, trayendo tranquilamente en la mano un pedazo de sogá encendida.

— Mire V. hácia allá — exclamó el oficial señalando al alcázar de popa.

Fijé la vista en el sitio que se me indicaba, y sólo distinguí un jóven con gorra de galon, cuya fisonomía parecíame haber visto anteriormente. Sostenia una animada conversacion con otro señor de alta categoría en la marina, y yo creí que éste le estaba dando órdenes.

— ¿Es algun guardia marina que ha faltado? — pregunté á mi amable compañero de cubierta.

— Puede — me respondió sonriéndose — pero no será castigado, porque aquí todos le queremos mucho.

El jóven se separó del otro señor y se vino en direccion nuestra. Al pasar por delante de nosotros se detuvo un instante.

— Buena mañana — dijo.

— Però algo fresca, Majestad — respondió mi amigo cuadrándose y llevando la mano á la gorra.

— Se dice que estaremos en Málaga al mediodia.

— No llegaremos más tarde, Majestad.

Oidas estas palabras, hizo un ligero saludo, y con la velocidad de un marinero, subió por la escalerilla que conducia al puente. Allí con unos gemelos se puso á examinar la costa, miéntas las matutinas brisas nos cortaban la cara como si fuesen navajas de afeitar, y yo

no sabía darme cuenta de lo que acababa de suceder.

A las diez vinieron á avisarme que el almuerzo estaba servido. Bajé á la cámara, y puedo asegurar á ustedes que hice honor á la mesa. Allí nos conocimos todos, y desde entónces cesó totalmente el aislamiento en que me hallaba.

Las once serian, poco más ó ménos, cuando la Marcha Real anunció que S. M. bajaba á almorzar.

A las doce y media Málaga habia desplegado ante nosotros el bello panorama de sus naturales atractivos. Por todas partes se veian banderas, y un cordon de seres humanos ribeteaba las murallas.

A la llegada, el primer disparo de la *Vitoria* me hizo dar el salto más grande que he dado desde que tengo uso de razon. Creí que la caldera de la máquina habia reventado.

S. M. bajó á tierra y nosotros le seguimos.

Encantadora, en verdad, era aquella ancha y hermosa calle de barcas engalanadas y llenas de gente, que como pequeñas casitas flotantes habian hecho del puerto un canal de pintorescas riberas.

En el desembarcadero la concurrencia estaba tan apiñada, que era difícil abrirse paso. S. M. saltó á tierra, demostrando en el semblante el placer que sentia en el corazon, y fué recibido en ella por el Gobernador civil de la provincia y demas autoridades al efecto invitadas. En seguida montó un soberbio caballo, propiedad del Excmo. Sr. Marqués de Guadiaro, y se dirigió á donde el Rey se dirige siempre cuando pone el pié en una ciudad.

A la casa de Dios:

MÁLAGA.

Yo dejé la comitiva por no ir en traje de seguirla, y entré en un café que hay en el muelle, y que si mal no recuerdo, se llama *de la Marina*. Sentéme á una mesa ocupada por cuatro alegres jóvenes, y pedí una limonada.

— ¿Pudírame V. dar algunas noticias con respecto á Málaga? — pregunté á uno de ellos.

— Sí, señor — respondió apurando una copa de vino; — parece que V. no es de ella, y eso me satisface, porque así puedo servirle. — Y continuó diciendo: — Mire usted, Málaga confina al N. con el floreciente Estado de la Apatía; al S., con las montañas de los grandes proyectos; al E., con la barrera del *mañana*, y al O., con el mal sino. Tiene un castillo sobre un monte y muchísimos en el aire. Sus condiciones climatológicas son excelentes, y eso por ser el clima lo único que no ha permitido que le administremos todavía. Hay tambien aquí muchas calles que pudiendo ser anchas son estrechas, y otras que son estrechas pudiendo ser anchas. El terral y las colas, de los vestidos de las señoras, representan á la policía urbana. No sé en qué plaza hay una escuela de Bellas Artes, y no sé en qué calle un Instituto. Tenemos tambien dos teatros, que más se ven por fuera que por dentro, y luégo la mar de agua, cuyos tubos conductores *reventan de fortes*; tenemos.....

— Pero ¿de qué país está V. hablando? — le pregunté no pudiendo ya resistir tanto disparate.

— Toma, de este en el cual yo vivo, como socio fundador del *Club de la Guasa*.

Mucho hubiera podido contestarle, pero vi que era inútil: acababa de apurar otra copa. Contentéme, pues, con decirle:

— ¿Quisiera V. indicarme por dónde se corta á la catedral?

— Yo creo que por ninguna parte,— contestó otro;— pero si se empeña V. en cortarla, quítele la torre que tiene de más, y así no quedará imperfecta como está ahora.

Ya comprendí perfectamente que aquellos pertenecian, en efecto, al *Club de la Guasa*, y me salí de allí como quien desea despojarse de un vestido súcio.

Luégo he sabido por los sensatos malagueños que esa llamada *guasa* es en Málaga la rémora que impide realizar los más elevados proyectos y llevar á cabo las más laudables mejoras.

La guasa es la ridícula parodia del *sprit*. Este, con una frase punzante, acalla el necio orgullo ó avergüenza á los ignorantes que se la dan de sábios. Aquélla, al contrario, es la ignorancia que, aprovechándose de la falta de ilustracion, destruye la semilla de todo lo bueno, de todo lo noble, de todo lo grande.

Apénas salí del café, repetí mi pregunta á un operario del muelle, y aquel hijo del trabajo, aunque cansado de las faenas de la mañana, se empeñó en acompañarme hasta la misma puerta de la sagrada Basílica, sin que-

rer aceptar por ello más recompensa que la de mi agradecimiento.

La catedral de Málaga, bajo todos conceptos digna de verse, tiene muy cerca de 500 años, y aun carece de una de sus torres, lo cual es una prueba palpable de que lo difícil en esta ciudad no es empezar las cosas buenas, sino terminarlas. Esta santa iglesia se forma de tres espaciosas naves, y tiene en su centro el coro, que con los dos soberbios órganos laterales le quita gran parte de su amplitud y de su magnificencia. Pero suprimirle ahora ese coro sería usurparle lo que Antonio de Palomino estuvo por llamar la *octava maravilla*, si no hubiese recordado el del Escorial.

Cuando yo entré en el templo, S. M. ocupaba ya la derecha del presbiterio, adonde habia sido acompañado por el Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de la diócesis y Cabildo catedral, despues de haber besado el *Lignum Crucis* en el altar de la Virgen de las Angustias.—Terminado el *Te-Deum*, descendió S. M. del altar mayor y volvió á salir con las mismas ceremonias que habia entrado. Desde la gran escalinata de la catedral el panorama de la plaza era magnífico ; á la derecha, un antiguo edificio religioso se presentaba con los preparativos para la iluminacion y no tenía hueco sin ocupar ; al frente y á la izquierda, una infinidad de balcones se ostentaban estivados de señoras, entre las que citaban algunos de los que venian junto á nosotros, no pocas de las más elegantes de Málaga ; en el centro habia una fuente convertida en pintoresco grupo de muchachos, y todo el pavimento era una superficie de cabezas.

Al montar á caballo S. M., agitóse aquella superficie

apareciendo en ella una infinidad de pañuelos ondeantes, y repitiéndose los vivas, á los que respondia el joven Rey con la más expresiva de las sonrisas y el más elegante de los saludos.

De allí se dirigió al suntuoso palacio de la Aduana, descansó en él algunos instantes, y presentóse en la silla del trono, que estaba adornada con gusto y severidad. Preguntamos á quién se debia aquel trabajo, y se nos dijo que al Sr. Pozo, reputado decorador. Presentóse S. M. al acto de la recepcion, acompañado de los Señores Presidente del Consejo de Ministros, Ministros de Fomento y Marina, dos Ayudantes, los Sres. Gobernadores civil y militar, Capitan general del distrito, Alcalde primero, Presidente de la Diputacion provincial, Comandante de Marina, y otras autoridades que no recuerdo.

En fila, y uno despues de otro, iban pasando los señores invitados al acto, los cuales, al llegar ante S. M., hacian un saludo y continuaban.— Monótona, en verdad, me pareció esta ceremonia, que duró cerca de una hora y que constituye, á mi entender, para el que tiene que soportarla, uno de esos martirios que la Inquisicion no habia incluido, quizás por demasiado fuerte, en el repertorio de sus tormentos.

De allí se dirigió á las Casas Consistoriales, donde se le esperaba para inaugurar la Exposicion artístico-industrial-agrícola, organizada por la Corporacion municipal.

Al frente del edificio habia una especie de plazoleta, que debia su forma á una empalizada, cuyos tablones vestian los colores nacionales. A la entrada del edificio

municipal se elevaban, sobre dos grandes pedestales, dos pequeñas estatuas. Entrando, y á la derecha, funcionaba una locomóvil fabricada en los talleres de « La Constancia ».

Luégo entramos en el patio de la Exposicion, en cuyo centro se alzaba un *idem* de excelentes objetos de cerámica y vigorosas plantas, exóticas en su mayor número. Alrededor del patio y en una galería cubierta, hallábanse las producciones del ingenio, del trabajo y de la naturaleza, favorecidas por la industria; sobre esta galería una faja de ventanas exponian la belleza del tipo malagueño en su más halagüeña manifestacion.

A la entrada de S. M. en aquel recinto, las lindísimas señoritas que ocupaban los huecos, poblaron el aire con blancas palomas, alegres pajarillos engalanados con cintas de colores, y multitud de poesías, á ninguna de las cuales pudimos dar caza, pero que debian ser divinas, segun su tendencia á volar hácia los cielos.

S. M. fué galante y respetuosamente recibido por los que hacian los honores, citándoseme, entre otros que no recuerdo, á los Sres. Lopez Argona, Piédrola, Ferrándiz y Souviron.

Un señor del Ayuntamiento me dijo que la direccion de todo aquello habia sido confiada al distinguido artista D. Bernardo Ferrándiz, el cual habia trabajado mucho para su completa organizacion.

Viendo la amabilidad de aquel señor individuo del Municipio, le pregunté qué méritos habian contraido ciertos obreros sobre cuyo pecho habia puesto S. M. la cruz de Beneficencia.

— La extremada confusion que aquí ha reinado me

explica perfectamente la pregunta de V.—respondióme.— Pero yo se lo referiré : hace poco tiempo que un voraz incendio destruyó por completo los magníficos almacenes del Sr. D. Eduardo Huelin, poniendo en peligro á no pocas personas y edificios. Esos operarios, así como otros individuos de la benemérita Guardia Civil y de la municipal, prestaron entónces eminentes servicios corriendo graves riesgos, y.....

— Ya lo comprendo todo, satisfaciéndome en extremo semejante proceder; pero extrañame que no se haya distinguido ninguno del cuerpo de bomberos.

— Es que ese cuerpo no existe en Málaga,— dijo mi interlocutor bajando la cabeza.

— ¡ Que no existe! — exclamé yo alzando la mia.

— No, señor; cuando sucede una de estas desgracias se habla mucho de crearlo, pero cuando se intenta llegar á la práctica.....

En este instante los acordes de la Marcha Real y el oleaje de la concurrencia nos anunciaron que S. M. se disponia á partir. Despedíme del señor que me acompañaba y todos salimos de aquel edificio arreglado en quince dias y visitado en treinta minutos, pero donde se habia probado que en Málaga hay elementos para todo, si bien éstos, léjos de armonizarse, se combaten los unos á los otros por una fatalidad cuyo origen no es del caso tratar en este sitio.

Málaga para ser grande no necesita más que trabajar un poco, pero en conciencia y con seriedad; y puesto que ha aplaudido, como no podia por ménos, las en extremo liberales palabras de S. M.: « *Que el trabajo hace iguales á todos, desde el Rey al obrero* », no las olvide; pero

ademas de conservarlas en la memoria, siga comprobándolas con los hechos.

¡ Á LOS TOROS !

Desde el edificio de la Exposicion pasamos á la plaza de los toros.

¡Que salto, Dios mio!

Verdad es que hicimos una pequeña pausa en el Hospital Provincial (de cuyo edificio S. M. la Reina doña Isabel II habia colocado la primer piedra), y que el Monarca, acompañado del Sr. Martinez Montes, dejó toda clase de consuelos en aquellos tristes lechos donde yacia el dolor. Pero esto fué solamente un paréntesis, y S. M., no ya por inclinacion, sino por cumplir con un deber; no ya para sancionar un espectáculo de esa índole, sino para saludar á un pueblo que respeta, se dirigió al circo taurómico.

La plaza estaba en extremo pintoresca, y la alegría rebosaba en aquellos tendidos.—Nadie hubiera dicho que la muerte cernia sus negras alas sobre el redondel y que un solo paso mal dado podia serlo hácia el sepulcro. ¡Felices aquellos miserables caballos cuya muerte casi instantánea era saludada con frenéticos aplausos!

Preguntad á una gran masa de pueblo y no pueblo lo que hizo el toro *Pajarito*, y os referirá su historia con pelos, señales y cornadas. Preguntadle en seguida quién fué Pedro de Mena, y la mayoría se encogerá de hombros, mientras quizás diga alguno haber sido cierto hombre,

cuyos huesos la Academia de Bellas Artes se ocupaba hace poco en buscar entre los escombros del ex-convento del Cister.

Cuando S. M. se presentó en el palco regio, lidiábase el segundo toro, y continuó el espectáculo sin accidente alguno desagradable, pues aunque el diestro Carmona se vió en las astas del *bicho*, el resultado es que no se quedó entre los cuernos, y esto llámase en tauromáquia salir *felizmente*.

El Rey no quiso aceptar la presidencia, dejándola al Sr. Herrera, á cuyo cargo estaba, y permaneció en la plaza desde las cinco hasta la terminacion de la corrida, hora en la cual se dirigió con la comitiva á la Aduana, para asistir al banquete que allí se le tenía preparado.

ALGO SOBRE EL BANQUETE RÉGIO.

Al subir nuevamente por la escalera de aquel palacio, me hallé con el sujeto que ya habia conocido en la Exposición.

— ¿Qué tal?— me dijo.

— Perfectamente, pero con mucho apetito.

— Y ¿dónde piensa V. comer?

— Pues ¿no venimos á eso?

— Ahora lo sabremos. Aquí tengo una copia de las invitaciones. Vea V. si se halla incluido.

Desplegué, ya con cierto recelo, el papel que me entregaba, y empecé á leer lo que sigue: *Personas invitadas*:

«Señor Presidente del Consejo; Sr. Ministro de Marina; Sr. Ministro de Fomento; Sr. Capitan general de este distrito militar; Sr. Capitan general del Departamento de Cádiz; Sr. Gobernador civil; Sr. Gobernador militar; Sr. Obispo de esta diócesis; Sr. Comandante militar de Marina; Sr. Presidente de la Excm. Diputacion Provincial; Sr. Presidente del Excmo. Ayuntamiento; Sr. Vicepresidente de la Comision provincial; Sr. Jefe Económico de la provincia; Sr. Juez decano de primera instancia; Sr. Presidente de la Junta provincial de Agricultura, Industria y Comercio; Sr. Presidente de la Junta provincial de Beneficencia y Presidente de la Sociedad Económica de Amigos del País; Sr. Presidente de la Academia de Bellas Artes.

—¿Nada todavía?

—Todavía nada.—Y seguí leyendo: «Sr. Dean de esta Santa Iglesia Catedral, Sr. Duque de Fernan Nuñez y Sr. D. Luis Souviron y Torres, ex-senadores del Reino; Sr. Marqués de Casa Loring, Sr. D. Manuel Casado y Sr. D. Martin Larios, diputados á Córtes; Sr. Director del Instituto provincial de 2.^a enseñanza; Sres. Brigadieres subinspectores de Ingenieros y Artillería; Señor Intendente militar del distrito, Sr. Auditor de Guerra de la Capitanía General, Sr. Coronel Jefe de Estado Mayor de la mencionada capitanía, Sr. Decano accidental del Ilustre Colegio de Abogados, Sr. D. Luis Martino, Sr. Director de la Sucursal del Banco de España, Sr. Don Vicente Robledo Checa, diputado á Córtes; Sr. D. Cristóbal Navarro Diaz, diputado provincial; Sr. Presidente de la Audiencia de este distrito, Sr. D. Vicente Martinez Montes, director de la Caja de Ahorros y Monte de

Piedad ; Sr. Fiscal decano del Juzgado de 1.^a Instancia, Sr. Vicepresidente de la Junta del Puerto.»

—¿Todavía nada?

— Nada absolutamente, y ya empiezo á sospechar... pero sigamos : «Tres señores periodistas representantes de la Prensa de Málaga ; Sr. D. Juan Roose, decano del Cuerpo Consular ; Sr. D. Luis Vasconi, ingeniero jefe de Obras públicas de esta provincia ; Sr. Marqués de Cabra, Sr. Director general de Obras públicas, Sr. Subsecretario de la Presidencia del Consejo de Ministros ; Señor D. Emilio Cánovas del Castillo, asesor general del Ministerio de Hacienda ; Sres. de la Casa Real, Sr. Don Antonio Fuentes, secretario particular del Presidente del Consejo de Ministros ; Sr. Jefe de la Guardia de Palacio, Sr. D. José Serrano Leon, teniente alcalde ; Sr. D. Juan N. Blasco y Sr. D. Aurelio Abela, regidores ; Sr. D. Ramon Portal y Porta, teniente alcalde ; Sr. D. Salvador Solier, diputado provincial ; Sr. D. Narciso Franquelo y Buzo, regidor ; Sres. D. Antonio Campos Garin, D. Antonio María Perez, D. Miguel Moreno, D. Antonio Campos Aciego, D. Antonio Senarega, D. Manuel de la Cámara y D. José María Lopez, diputados provinciales ; Sr. D. Antonio Guerola, gobernador de Sevilla ; Señor Secretario del Gobierno civil, Sr. D. José Esperanza, oficial de la Secretaría de la Presidencia del Consejo de Ministros ; Sr. D. Santiago Durán y Lira, contra-almirante ; Sr. Vicealmirante D. Francisco Pavía y Pavía, Sr. D. Vicente Montejo y Trillo, capitán de fragata ; Señor D. Luis Bula y Vazquez, capitán de navío de primera clase ; Sr. D. José María Caveiro y Martinez, capitán de navío de segunda clase ; Sr. D. Manuel Delgado y

Parejo, capitan de navío de segunda clase; Sr. D. Simon Manzanos y Saenz, capitan de fragata, y Sr. D. Miguel Bonanza.»— Hé aquí un apellido sumamente tranquilizador para los marinos, — dije y cerré el papel. — Ahora que nos hemos comido la lista — añadí — vamos á digerir á la calle tantos nombres y títulos como nos hemos metido en el cuerpo.

—Veamos al ménos la mesa.

—¿Y si aguza todavía más nuestro apetito?

—Málaga tiene muy buenas fondas, eso sí, y ademas mi casa está á la disposicion de don.....

—Inocencio Esperanzas — le respondí.

—Pues yo he leído ese apellido en la lista.

—No me extrañaria tampoco que le hubiese V. visto en otras muchas partes, pues sin incluirse en ningun *menu* es el manjar de que se alimenta la mayor parte de los españoles.

La mesa estaba bien dispuesta. Ignoro si la comida estuvo como la mesa.

Bajamos otra vez por la magnífica escalera de la Aduana y nos hallamos en la calle.

—¿A dónde vamos?— me dijo D. X. (Permítanme ustedes que no estampe su nombre.)

—A donde V. quiera.

—Pues demos un paseo por la carrera y comamos en el primer *restaurant* que se nos presente.

Seguimos por todo el muelle y llegamos al embarcadero.

—Este precioso salon, que con justicia le agrada tanto ahora, y en el cual no reparó quizás esta mañana—dijo mi *cicerone*,—se debe al ingeniero Sr. Yagüe, que con ex-

celente acierto ha dirigido lo que V. ve, y á los Señores Matarredona y Pellisó, tallista el primero, pintor escenógrafo el segundo.

—Y el marco de ese magnífico cuadro al óleo ¿se ha traído de Madrid ó es obra extranjera?

—En primer lugar, esa soberbia marina no está pintado al óleo, como parece, sino al temple, y es obra del pintor tan conocido en el mundo artístico, D. Emilio Ocon. En cuanto al marco, es trabajo de Mr. Enrique Cabrera, un *monsieur* malagueño, aventajadísimo operario del Sr. Pellisó.

—No creía yo que en Málaga se trabajase de esa manera,—exclamé, y salí de aquel salon volviendo la cabeza para verle desde afuera. Poco despues entrábamos en la Alameda.

—Este paseo,—continuó diciendo D. X...—ha sufrido ahora una trasformacion radical. Esos, que por broma llaman *palos de telégrafo*, son pequeños árboles que formarán los límites de las calles laterales. Se habla tambien de crear jardines, pero sus flores no halagarán ni los ojos de nuestros hijos, ni quizás los de nuestros nietos. Esta calle tan ancha se llama la «Puerta del Mar», porque no hace muchos años todo eso era playa. Aquel gran edificio es la fonda de la Alameda, la más nombrada en Málaga, y el otro que está junto al arco, el «Círculo Mercantil», una de las sociedades que más contribuyen siempre á fomentar lo que es en beneficio del comercio, de la industria ó de la cultura de la poblacion. Este gran arco ha sido levantado, como comprenderá V. perfectamente, para recibir á S. M.

—Es elegante y proporcionado en extremo, y nada me

parece que puede tachársele con respecto á la parte arquitectónica. ¿Pero despues de este sitio tan ancho, entró S. M. por ese otro tan estrecho?

—Así fué. La calle Nueva tiene ese defecto. *Nueva* la llaman, pero lo sería allá por el reinado de los moros.

—Veo que tiene establecimientos muy buenos, sobre todo en joyerías.

—No cabe duda: la de Consiglieri, *la Perla* y la de Barabino, son el encanto de muchas bellas, el temor de no pocos recién casados y el *Bú* de los que se dedican á conquistar corazones con metralla de oro y pedrerías. La iglesia que nos hemos dejado atrás es la Concepcion, y en frente de ella, en el Pasaje, hay un magnífico bazar, del que le ruego tome nota.—Esta es la plaza de la Constitucion. Aquel edificio que se halla para terminarse pertenece al Sr. Duque de Fernan Nuñez, y es el antiguo café de *La Loba*, que con el mismo nombre sufre una total metamórfosis, asegurándose por los inteligentes que ha de ser uno de los mejores, si no el mejor de España.

—Y entónces el *de España*, que está á su lado, ¿vendrá á ménos?

—Probablemente no; si se tratára de una nueva librería, tal vez, pero.....

—¡Cómo! ¿Las librerías no prosperan?

—Luégo se lo preguntaremos á D. Francisco de Moya, que hace cerca de treinta años lucha por dotar á Málaga con una de primer orden, y si lo ha logrado, ha sido á fuerza de sacrificios y de trabajos. Este ilustrado señor me decia no hace mucho con la ironía del dolor:

«Si estos libros se trasformáran en botellas, el consumo sería extraordinario.» Y yo puedo asegurarle que hay más tabernas en Málaga que librerías en todo el resto del territorio andaluz.

— Ese es el pasaje de Heredia, — siguió diciendo mi interlocutor, — y el trozo de calle que média desde la plaza hasta el «Café Universal», es el paseo nocturno de las señoras que van de tiendas y de los caballeros que van á caza de una mirada ó de una sonrisa. Esta en que entramos ahora es la hermosa calle de Molina Lario, abierta hace poco.....

— ¿Tal vez por ese mismo que ha puesto el carruaje á S. M.?

— El señor que V. dice es el Marqués de Guadiaro, que ha hecho, y afortunadamente sigue haciendo, mucho por Málaga. Pero el que ha dado nombre á esta calle fué un señor Obispo que dejó de existir á fines del siglo pasado y que se llamaba D. José Molina Lario, cuya memoria debemos respetar todos los malagueños. — ¿Ve usted? Ya nos hallamos de nuevo en la sagrada Basílica y hemos recorrido todo lo que hace ocho horas recorrió S. M. Pero no deje V. de apuntar en su cartera *el arco de Atarazanas*, para visitarle cuando le sea posible.

— Así lo haré, — le respondí.

Algo más tarde entrábamos en el *restaurant* de *La Perla*, y sea que yo tenía un apetito desordenado, sea que lo servido estaba á pedir de boca, el resultado es que en aquel caso la realidad habia superado al deseo.

Serian las nueve de la noche, cuando mi amigo me dijo si no íbamos al concierto.

— Verdad es ; ahora recuerdo que tengo aquí un billete. Pero se irá de frac, y lo que es eso.....

— Yo puedo proporcionarle uno. En cuanto á la corbata blanca y los guantes, los compraremos de paso.

— Pues andando.

Y despues de haber logrado que mi amigo aceptase el convite en el *restaurant*, salimos á buscar esa especie de chaqueta con faldones que la alta sociedad ha dado en llamar traje de etiqueta, y una vez encontrado, pues el que me prestó D. X..... parecia mio, nos dirigimos al *Conventico*, nombre con el cual designaba mi compañero al edificio que actualmente ocupa la

SOCIEDAD FILARMÓNICA.

Por el camino supe que aquella institucion reasumia el doble fin de la educacion y del recreo, en forma de pequeño conservatorio ; que sus profesores eran ilustradísimos en materia de música ; que la Junta Directiva, á cuyo frente se hallaba el Sr. D. Enrique Scholtz, habia ganado la gloria por la senda de los mártires, y que sólo á una constancia de hierro se debia el que prosperase un instituto, el cual, por su sola tendencia, tenía derecho, no á estimular, sino á ser estimulado.

Las calles que conducian á los salones de la Sociedad eran estrechas y tortuosas, como si representáran los trabajos que la Junta habia tenido que vencer para la realizacion de sus laudables propósitos.

Por fin, entramos en el salon, que estaba adornado con elegante sencillez.

Su Majestad fué recibido con vivas espontáneos y entusiastas. El jóven Monarca, saludando siempre con esa alegre sonrisa que le es imposible ocultar cuando reconoce la sinceridad de los sentimientos, atravesó la sala y tomó asiento en el sitio que se le tenía destinado.

Cuando todo parecia sosegar, volví la cabeza para hacer una pregunta á D. X..... y vi que habia desaparecido en aquel oleaje de vestidos de seda.

Pero me amparó la fortuna ; cierta distinguida señora ofreciome un asiento á su lado, el único bueno que en todo el salon quedaba, y allí estuve tan á gusto como debe estarlo el amante junto á su nóvia.

El Sr. D. Eduardo Ocon tomó la batuta y empezó la « Cantata » de su composicion, que estrenó en Madrid cuando el natalicio del Príncipe de Asturias, hoy don Alfonso XII ; pero se repetia con nueva letra debida á la señorita doña Josefa Ugarte Barrientos.

Que fuera el Sr. Ocon un excelente maestro y un inspirado compositor, lo habia oido decir hasta en mi pueblo ; pero que con un celo verdaderamente paternal, dirigiera aquellas clases y organizára aquellos conciertos, no lo supe hasta entónces.

Habia leído várias bellas poesías de la señorita de Barrientos, pero no sé por qué me la habia figurado pálida, de cabellos negros y nada parecida á sus poesías. Pregunté á mi elegante vecina si la autora del himno se hallaba presente, y con la amabilidad que la caracterizaba, fijó los ojos en la tribuna y me dijo :

— Aquella es.

¡ Qué desengaño tan dulce ! La señorita doña Josefa Ugarte Barrientos es una rosa coronada con hilos de oro.

Su mirada expresa el dulce apasionamiento de una noble inspiracion y su rostro encierra la dulzura de una deliciosa tarde de primavera. Es alta, elegante y hay en su porte algo de aquella severidad española de los tiempos antiguos, sustituida hoy, en general, por la ridículamente grave de los tiempos modernos.

Tocante á las señoras y señoritas que tomaban parte en el coro, hice tambien mil preguntas, que fueron satisfechas; como, por ejemplo:..

— ¡Cuidado si es bonita aquella jóven de la cual cada mirada es un destello eléctrico!

— Eso opinan todos con respecto á Anita Arssu.

— Arrogante es tambien aquella otra señorita.

— Teresa España: ¡ya lo creo!

— Y ¿podiera V. decirme el nombre de aquella otra?

— Aquella es Pilar de Lara, muy buena amiga mia.

— Pues no, que aquella otra y la de más allá y la que le sigue.....

— No dudo que le agraden; todas son verdaderamente bonitas, y esto no es más que una muestra de lo mucho que hay en Málaga.

Despues del himno tocóse una pieza á cuatro pianos por dos señoritas y dos caballeros. De las primeras supe que una era hija del Sr. Presidente y que se llamaba Trinidad. Esta trinidad la componian: belleza, expresion y elegancia. La otra era la señorita de Ortiz, naciente flor de estos jardines, cuyos lindos pétalos empiezan á entreabrirse halagados por las dulcísimas armonías que sus manos arrancan al piano.

Luégo oimos á los alumnos en una pieza arreglada por el profesor D. Regino Martinez; verdadera notabilidad

este último en el violín, y verdaderas esperanzas del arte musical casi todos los otros.

El cuarteto de RIGOLETTO, se hubiera dicho cantado por artistas de *primo cartello*.

—No podía esperarse ménos—me indicó la señora al oír esta opinion—siendo interpretado por Matilde Beer de Scholtz, Margarita Gamez, Vasconi y Franquelo.

El coro del TANNHAUSER (ópera del ruidoso Wagner) fué la llave del concierto, y en dicho coro, como en el himno, tomaron parte las señoras y señoritas de Arssu, Crooke, Dominguez Ahumada, España, Gamez, Gomez, Grund, La Fuente, Lara, Lopez, Lopez Barzo, Martínez, Moreno, Ortiz, Salomon, Scholtz, Solano, Steuer y varios señores socios, profesores y alumnos, según rezaba el programa.

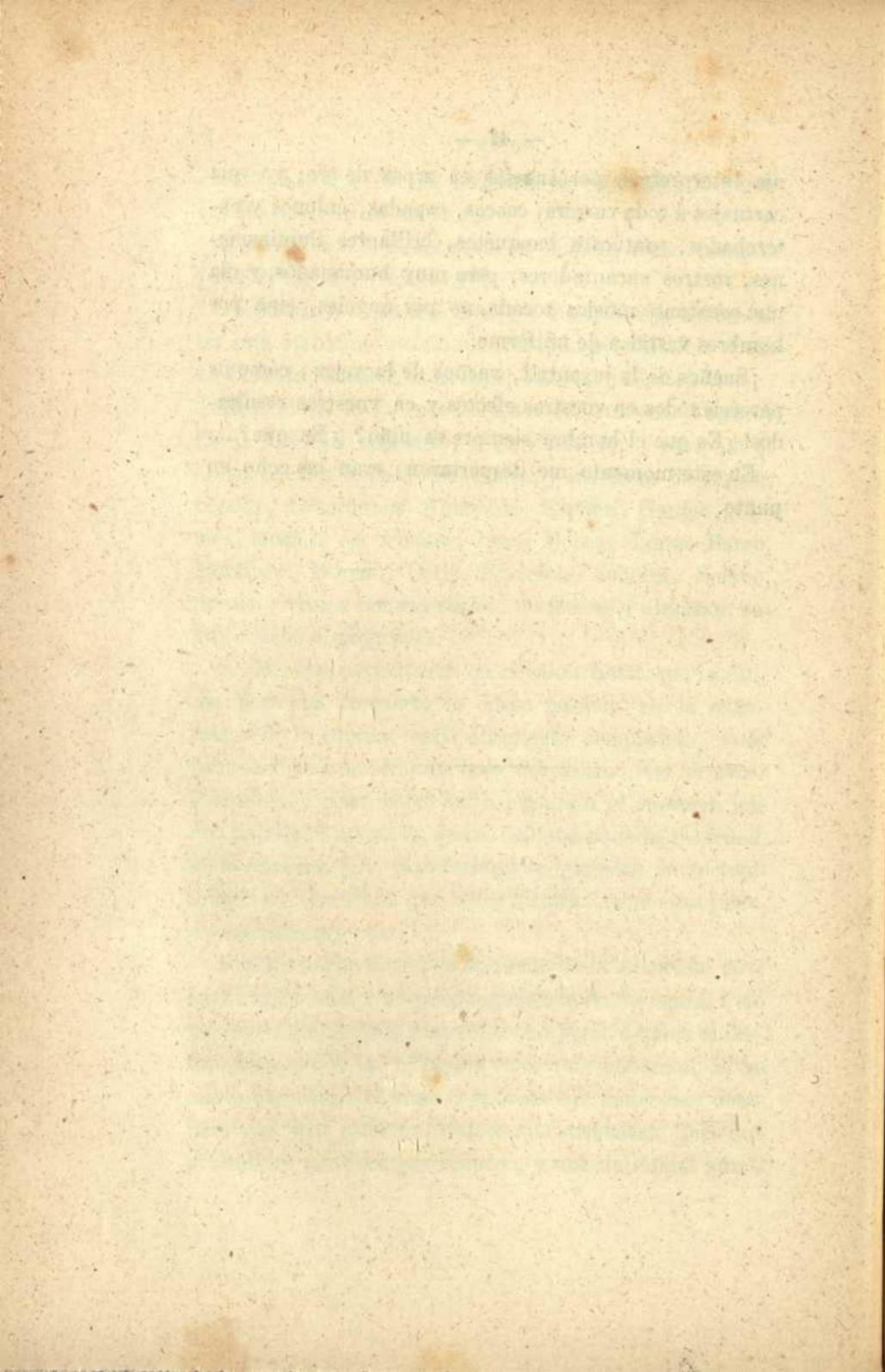
S. M., que permaneció en el salon hasta que la última nota del concierto se hubo perdido en la extremidad de la cúpula, salió altamente complacido, y así tuvo la honra de oírlo de boca del mismo Rey el señor Presidente, quien ántes habia expuesto al supremo jefe del Estado el *estado* en que se hallaba aquella Sociedad, de la cual era *jefe*, manifestándole que para su sostenimiento se necesitaba que todos hicieran, como era justo, un esfuerzo *supremo*.

Aquella noche dormí en la fonda de la Alameda; tuve buena asistencia y no puedo quejarme de la cama. Pero mi sueño fué agitado como el de un jóven á quien el destino hace sentir las primeras emociones del amor. Él ve nubes que toman formas corpóreas con femeninos detalles; ojos que abrasan, walses que arrebatan, piés que precipitan, sonrisas que seducen, y una dulcísima armo-

nía interpretada por ángeles en arpas de oro; yo veía carruajes á toda carrera, cascos, espadas, galones y entorchados, suntuosos banquetes, brillantes iluminaciones, rostros encantadores, pero muy humanados, y oía una constante música tocada, no por ángeles, sino por hombres vestidos de uniforme.

¡Sueños de la juventud, sueños de la vejez; cómo os pareis todos en vuestros efectos y en vuestros resultados! ¿Es que el hombre siempre es niño? ¿Es que?.....

En este momento me despertaron; eran las ocho en punto.



III.

SEGUIMOS EN MÁLAGA.

Día 19.

Aspecto del día.—Visitas á las fábricas *La Industria Malagueña* y *La Constancia*.—«Las hermanitas de los pobres.»—Dulzura material.—¿Puede confundirse una mujer con una caña de azúcar?—Asilo de San Juan de Dios.—El Instituto provincial y las escuelas de mi pueblo.—S. M. examina y es examinado.—La piedra de un nuevo asilo.—Carreras de caballos y la víctima de las carreras.—Lo que valió la belleza de «Peregrino.»—El arco de Atarazanas.—Teatros. El «Cervantes» y el «Principal.»—Despedida de S. M.—Fantástico aspecto del muelle visto desde el mar.—La fortaleza flotante.—Una impresion de Peris Mencheta.—Algunos apuntes sobre la Málaga científica y literaria.—De la butaca al palco y..... en marcha para Cádiz.

El día estaba lluvioso, y el pavimento de las calles daba señales inequívocas de que durante la noche el agua había caído en abundancia.

Este regalo que hacía á los campos el patriarca San José en celebridad de sus días, no proporcionaba ningun placer al Municipio ni á nuestros pantalones.

Serian las nueve cuando salí de la fonda, y á aquella misma hora el Rey, con varios personajes de su comitiva, pasaba por la Alameda en carruaje y atravesaba el

Guadalmedina por el puente de hierro. Tomé tambien un coche y le seguí.

III

Don Alfonso visitó con material velocidad, pero con detenida inteligencia, una magnífica fábrica de tejidos llamada *La Industria Malagueña*, propiedad de los señores Larios, la cual hace honor á Málaga; sostiene miles de individuos y se halla perfectamente organizada hasta en sus menores detalles. Aquel ruido atolondra por el momento, pero satisface en seguida; es el ruido del trabajo; es la expresion de la vida que penetra hasta en el hierro, para dársela despues á las naciones simbolizada en el comercio.

De allí pasamos á *La Constancia*, fábrica de fundicion que posee el Sr. Heredia, y cuya denominacion nunca debe perder de vista el que quiera realizar una obra útil. En dicha fábrica presenciarnos la elaboracion de un molde, en el cual se leia: ¡VIVA ALFONSO XII!

El interior del edificio tenía para mí algo de lo que habia leído en mi juventud con referencia á los antros plutonianos. Pero aquellos *demonios*, léjos de sacrificar las almas, se la daban á la industria; léjos de representar el oscurantismo, eran la imágen del progreso.

Ambas fábricas se habian engalanado para recibir la régia visita, y en ambas habia obtenido el Monarca muestras de la más respetuosa y exquisita galantería por parte de los dueños, y las más expresivas aclamaciones por parte de todos los presentes.

S. M. pasó en seguida al asilo de las *Hermanitas de los pobres*, subiendo así al más bajo peldaño de la social escala; y he dicho subiendo, porque cuanto mayor es la dignidad humana que se representa en el mundo, tanto más se eleva cuanto más desciende á aquellos sitios donde, en los brazos de la bienhechora caridad, vive la honrada pobreza.

DULZURA MATERIAL.

De este modesto, pero tranquilo y bien organizado asilo, pasamos á visitar la fábrica de azúcar que el señor D. Ramon Portal y Porta ha elevado á una envidiable altura, industrialmente se entiende.

La decoracion de la fachada interior era ingeniosa y de efecto. Esas cañas dulces que vemos en los campos con tanta indiferencia, se habian combinado allí por la mano del hombre hasta el punto de dudarse desde léjos si lo eran ó no, del mismo modo que otras *cañas*, de esas que hablan, aparecen á nuestros ojos como elegantes mujeres, gracias á la mano del arte.

El comedor era una delicia. La mesa, sobre la que se veian embuchados, gelatinas de carne, pastelillos de variadísimas especies, dulces de todas clases y vinos, entre los cuales figuraban el Jerez y el Champagne, habia sido dispuesta por el acreditado fondista de la capital, don Jáime Lértora.

Complacidísimo mostróse D. Alfonso de aquella recepcion, y razones tenia para ello, puesto que no daba un paso sin ver ante sus ojos, unidos por estrecho lazo, la adhesion, el cariño y el respeto.

En cuanto á la parte material de aquella fábrica, puedo afirmar que todo era *dulzura*. Pero dulzura empalagosa. Yo, que acaricio tanto un cuadradillo de azúcar en el café, veía casi con repugnancia aquellos lagos de melaza y aquellas montañas de nevados pilones. Esta regla, sin embargo, no es general para todo. Hoy, por ejemplo, acaricio mucho una peseta: si algún día nadase en lagos de oro limitados por monedillas de á cinco duros, ¿me repugnaria el dinero como el azúcar?—Sería verdaderamente curioso que el destino me sometiese á la prueba.

Terminada esta visita, pasamos al *Asilo de San Juan de Dios*, donde S. M. fué recibido por la Superiora del establecimiento y otras señoras. Don Alfonso oró algunos instantes en la capilla, mientras las niñas cantaban un coro expresamente escrito para aquel acto. Después, los párvulos de ambos sexos tuvieron la satisfacción de dirigir al Monarca breves pero sentidos discursos, que expresaban la indeleble alegría que experimentaban en aquella visita, para ellos tan inolvidable como inmerecida.

De aquella casa donde la caridad reparte sus bienes, pasamos á otro edificio desde el cual la instrucción esparce los suyos. Hablo del Instituto provincial, á cuyo

frente se halla el Sr. D. Eduardo María de Jáuregui y un ilustrado cuanto sensato claustro de profesores (1).

Que yo me hubiera sorprendido de la buena organizacion de aquellas clases, no tenía nada de extraño, porque sólo habia visto hasta entónces las pobres y desmanteladas habitaciones de las escuelas de los pueblos más próximos á Elinazar, cuyos principales elementos de instruccion eran, y lo son todavía, un mal grabado mapa de España, sembrado literalmente de puntos negros, no de esos que hacen los políticos, sino de esos otros que hacen las moscas, y una *pizarra* de madera admirablemente tallada por la polilla.

No era pues mi sorpresa la que allí podia tener valor alguno. Era la opinion de los inteligentes, que expresaba en aquel caso una total satisfaccion.

Los gabinetes de Historia Natural, Física y Química, fueron los más elogiados. La biblioteca mereció tambien sinceros plácemes, y todos convinieron en que el Instituto provincial de Málaga era uno de los mejores en su clase.

Miéntras S. M. examinaba las clases, era á la vez objeto del general exámen. Nadie queria que la frase más insignificante se le escapase. Y como éstas salian de sus labios con sumo acierto, cada frase del jóven Monarca era para él una nueva conquista en el terreno del saber y de las simpatías.

Muchas señoras de las que incidentalmente ocupaban

(1) Hoy el Sr. de Jáuregui ha dejado de existir, con extremado dolor de la verdadera amistad y de la verdadera instruccion.

aquel centro de enseñanza, expresaron sus sentimientos en forma de palomas y ramos de flores.

LA PIEDRA DE UN NUEVO ASILO.

Del Instituto pasó D. Alfonso, como había prometido, á colocar la primera piedra del nuevo *Asilo de San Bartolomé*. El recinto que debe ocupar el edificio se había indicado con mástiles, y en el centro se alzaba una tienda de campaña. La concurrencia era extraordinaria y demostró su agradecimiento en el solemne instante de simbolizar S. M. al obrero arrojando la mezcla sobre la piedra.

El Sr. Dean de esta santa iglesia catedral, D. Juan N. Lopez de Arjona, recordó á S. M. cuán grandes son á los ojos de Dios aquellos actos en los cuales la caridad resplandece como principio fundamental, y despues de manifestar que si la augusta Madre de D. Alfonso creaba un hospital en 1862, él iniciaba un asilo en 1877, pronunció estas elocuentes verdades, á cuya reproducción me sería difícil resistir:

«El majestuoso estampido del cañon, el sonoro acento de las campanas, y la dulce armonía de las músicas, así como los vivas frenéticos de un pueblo amante de sus reyes, pasarán, Señor, del mismo modo que pasa el ave que hiende los aires y la nave que surca los mares, sin dejar huella alguna; y desaparecerán los arcos de triunfo por donde ha pasado S. M., y se marchitarán las flores que han alfombrado su tránsito, y se apagará el brillo y esplendor de las iluminaciones; pero este severo

festejo, grande y sublime como son sublimes y grandes todas las inspiraciones de la caridad cristiana, no pasará.»

Cuando hubo terminado, D. Alfonso expresó hallarse identificado con tales ideas, y aprobó sin reserva la institucion del proyectado asilo que de niños debia hacer hombres, y de hijos de la desgracia, hijos del trabajo.

Cumplidas todas las formalidades en tales casos prescritas, dejó el Monarca la huerta del Molinillo y se dirigió al palacio de la Aduana.

Yo me acerqué á observar la piedra fundamental y exclamé para mis adentros:

¡Benéfica semilla! si al brotar has de ser árbol frondoso bajo cuyas grandes ramas halle grata existencia el desvalido; si á tu sombra han de vivir el trabajo y la instruccion; si los frutos que preparas son saludables y abundantes, brota en buen hora. Pero si has de crecer como árbol raquítico y enfermizo; si en vez de amparar á la miseria has de vivir en ella; si tus frutos, en una palabra, han de ser amargos, quédese tu semilla debajo de la tierra.

CARRERAS DE CABALLOS.

Despues de haber tomado algo nutritivo, tomé asiento en un carruaje y me dirigí al hipódromo. El sol habia despejado la atmósfera y brillaba, no diré como en los primeros dias de su juventud, porque ese hijo del fuego no envejece, sino como lo hace siempre que las nubes se lo permiten.

El campo estaba hermosísimo y el camino que seguia-

mos era en extremo variado; elegantes carruajes; carrocerías berlinas de plaza; infernales tartanas cuya presencia me recordaba los primeros pasos de mi viaje; carros con sillas; caballerías de todas clases, y gente á pié en gran número, llenaban aquella ruta cuyo polvo, con una prevision altamente sábia, habia sentado el agua del cielo.

Despues de una hora de marcha, y siendo las dos y media de la tarde, llegué al hipódromo.

.

Siendo lo que escribo las impresiones generales de mi viaje y no la descripcion oficial y detallada de tal ó cual espectáculo, no me detendré ahora ciertamente en dar los nombres de los caballos que entraron en competencia; cosa, por otra parte, que debe importar muy poco; pero sí, estimado lector mio, te transmitiré al papel el resultado de las carreras, por si no has asistido á ellas ó deseáras recordarlo.

Lucero, que así se llamaba el primer caballo, propiedad del Sr. D. R. H. Davies, le regaló á su dueño 8.000 reales que la Excma. Diputacion habia asignado como premio; y *Vitesse* (del Sr. D. José de la Sierra) ganó el segundo de 6.000, oferta tambien de la mencionada Corporacion. El tercer premio consistia en una elegante copa de plata, donativo del Círculo Malagueño, y la obtuvo el Sr. D. Tomás Heredia, por medio del caballo *Sorrow*. La cuarta consistia en un premio de 4.000 reales, y se lo llevó *Marmion* (del mencionado Sr. Davies). La quinta carrera era halagadora, más que por el valor intrínseco, por la idea de que pudiendo dar el Excelentísimo Ayuntamiento 14.000 reales para la misma y

4.000 para la anterior, debía hallarse en extremo desahogado con respecto á fondos. El afortunado caballo fué *Solitario*, propiedad tambien del Sr. Heredia, jinete de primera, segun oí decir á todos, y afectuoso caballero, segun juzgué por mí mismo. La sexta carrera (trote) llevaba por premio 5.000 reales, donacion que con tal motivo hacia el Sr. Marqués de Guadiaro, y lo ganó *Rondeña*, de D. Fernando de la Cámara. La sétima era de obstáculos y lós tuvo real y positivamente. El premio consistia en 3.000 reales, y fué el más difícil de alcanzar. *Plénipo* se lo llevó, pero á costa de su vida, y lo que es infinitamente más triste, á costa de una terrible caída del jinete.

S. M. demostró intencion de adquirir un caballo alazan, llamado *Peregrino*, que habia ganado el premio de hermosura en un certámen abierto al efecto en Málaga. Los dueños, Sres. Guerrero Hermanos, acreditados ganaderos de Jerez de la Frontera, desearon que D. Alfonso le aceptase graciosamente, pero el augusto comprador se opuso de una manera terminante, y dió por él mil duros, ordenando le fuese llevado á Sevilla.

Tambien en el mismo hipódromo recibió el favorecido Monarca la súplica que una Comision de distinguidas señoritas le hacía, con el fin de que demorase siquiera hasta el dia siguiente su estancia en Málaga, á lo que, con harto sentimiento suyo, no le fué posible acceder.

EL ARCO DE ATARAZANAS.

Cuando llegué á la ciudad recordé lo que el dia anterior me habia dicho D. X..... sobre un arco árabe situado

en Atarazanas, y supe en la fonda, que estaba sumamente cerca de allí.

Era, en verdad, de bellísima forma.—Várias ilustradas personas que quisieron acompañarme, me dijeron que habia sido echado abajo durante los últimos acontecimientos políticos, pero que gracias al Sr. Marqués de la Paniega, Presidente de la Academia de Bellas Artes, la cual debe no poco á su decidido y constante apoyo la altura en que se halla, habia logrado salvarle, venciendo mil obstáculos, pero contando con la sensatez de ese pueblo que acaba siempre por reconocer la razon cuando ésta es la que le habla.

Hoy ese mismo arco ha vuelto á levantarse tal como ántes estaba, pues sus piedras, numeradas de antemano, se han ido colocando en su sitio como los trozos de un rompe-cabezas, y servirá para dar entrada á un espacioso mercado.

Por la noche, y despues del banquete oficial dado por S. M. en el palacio de la Aduana, tuvo lugar en el teatro de *Cervántes* un concierto dirigido por el maestro Sr. Cappa, en union de todos los principales profesores de Málaga, y en el teatro *Principal* un espectáculo de prestidigitacion, con cuadros disolventes, dirigido por el Sr. Auboin-Brunet.

El *Cervántes* es magnífico, en cuanto á amplitud y decorado, pero algo oscuro. El Rey se presentó en él muy cerca de las diez, y cuando ya se hallaba ocupado por una tan brillante como numerosa concurrencia.

El *Principal* es el decano de los coliseos de Málaga;

tiene en su historia épocas gloriosas, y ha sido últimamente restaurado bajo la hábil direccion del decorador Sr. Pozo.

El espectáculo que daba en esa noche no encerraba grandes atractivos en sí, pero D. Alfonso quiso tambien saludar este antiguo campeón de batallas dramáticas, y se presentó en el *Principal* á las once de la noche, permaneciendo en él una media hora. De allí salió directamente para el embarcadero, donde el dignísimo Sr. Comandante de Marina, D. Pedro Aubaredes, habia dispuesto dos hileras de marineros con hachas encendidas, y el Municipio varios fuegos artificiales y luces de bengala.

En sumamente breves, pero tambien sumamente expresivas frases, S. M. se despidió de las autoridades, manifestando que nunca olvidaria las marcadas pruebas de afecto con que Málaga habia significado su permanencia en ella, y entró en la régia falúa que debia conducirle á la *Vitoria*, mientras en el andén del muelle se confundian los vivas con el disparo de los morteretes, el ruido de los fuegos artificiales y los acordes de las bandas de música.

Fantástica era desde el mar la perspectiva de aquel embarcadero, donde las iluminaciones de gas y de bengalas imprimian el aspecto más caprichoso á la extraordinaria concurrencia que festoneaba el muelle, haciéndola cambiar de colores á cada instante.

Dos eran los botes que se alejaban del muelle aproximándose á la silenciosa fortaleza que los esperaba.— Paulatinamente fué cesando el ruido de tierra, y algunos minutos más tarde sólo se oia el acompasado *ram, ram,*

que hacian los remos sobre las horquillas que les servian de punto de apoyo. Poco despues de la régia falúa llegó la nuestra.

¡ Cuán silenciosa estaba la fragata ! ¡ Qué diferencia entre el bullicio de la tierra y la soledad de los mares !

En aquella ocasion comprendí la tristeza del marino al alejarse del puerto donde deja sus afecciones y sus esperanzas , quizás para siempre , y queriendo echar á pi- que tan tristes ideas , bajé á la cámara. El primero á quien encontré al pié de la escalinata fué á mi excelente compañero de viaje , el activo delegado por la *Correspondencia de España*.

— Hola , señor D. Inocencio , — me dijo ; — ¿ qué tal se ha pasado la noche en tierra ?

— Perfectamente : miéntras diluviaba , yo dormia en una excelente cama de la fonda de la Alameda.

— Pues se ha perdido V. lo mejor , — continuó diciéndo el Sr. Peris Mencheta. — Nosotros hemos estado en la quinta de *Bella Vista* , donde hemos presenciado uno de esos saraos de la tierra andaluza . ¡ Qué *xapateaos* , amigo mio ! ¡ Y qué coplas tan salerosas y oportunas ! ¡ Qué *cantaoras* y qué *cantaores* ! ¡ Cuándo le digo á V. que se ha perdido lo mejor !

— Si no es más que eso , doy mi sueño por bien empleado — le respondí — ya que de tales fiestas , amigo mio , estamos los andaluces hasta la punta de los cabellos . No le hable V. por Dios de dulces á un confitero , ni de bailarinas á un coreógrafo .

— ¿ Vaya que no han tomado VV. nota del movimiento científico-literario de Málaga ? — dijo un señor de la comitiva .

— ¿Quién disponia de tiempo para hacerlo?—le respondió otro señor.

— Yo;— añadió el primero;— y hé aquí el resultado de mis apuntes: Málaga tiene una Sociedad de ciencias físico-naturales, cuyo presidente es el Sr. D. Domingo Orueta, la cual está relacionada con las principales de Europa en su clase; tiene una Academia científico-literaria en el Liceo, que celebra certámenes y da frecuentes sesiones; tiene un Ateneo en el Círculo Mercantil, y varios estudiosos jóvenes han constituido, hace poco, una Sociedad literaria bajo el título de « Admiradores de Cervántes », cuyas sesiones han empezado á tener cierta relativa importancia. El movimiento de periódicos parece ya demasiado, pues se cuentan hasta diez y ocho.

— ¡Bravísimo!—dijo uno.—Y ahora, ¿qué les parece á ustedes que hagamos en consecuencia de todo eso?

— Yo voy á quitarme el uniforme, — manifestó uno de los ayudantes del Ministro de Marina.

— Y yo á tomar un refresco, — exclamó el distinguido dibujante D. Ramon Padró.

— Yo á fumar para prepararme á entrar de guardia, — añadió un oficial de marina.

— Pues yo, señores, voy á ver si descanso un poco, — dijo D. Teodoro Llorente.

Esta última idea fué aceptada individualmente por la mayoría.

Mi butaca de la primer noche habia sido sustituida por una cama colgante; pasé, pues, de la *butaca* al *palco* y me dispuse á presenciar la *Vida es sueño*. Pero al empezar á desnudarme, ¡cuál no sería mi sorpresa vien-

do que áun llevaba puesto el frac de D. X....., en cuya casa me habia dejado la levita. A renglon seguido me hice esta filosófica y utilísima reflexion :

— El frac no puede devolverse, porque dentro de una hora estaremos en marcha ; pues paciencia y resignacion.

Metíme en la cama, pero como no tenía mucho sueño estuve pensando largo rato sobre lo que habia presenciado durante la jornada, pareciéndome imposible que hubiera podido verse tanto en un solo dia.

Embebido hallábame en semejantes reflexiones, cuando un oficial de marina bajó á la cámara.

— ¿ Qué tal noche hace? — le pregunté.

— Magnífica — me respondió ; — en este momento hemos echado á andar.

Miré el reloj ; eran las dos y media de la madrugada.

IV.

DOS DIAS ANTE CÉUTA.

Día 20.

Un baldeo celestial. — Fatales augurios. — Actitud de S. M. durante la borrasca. — Una batalla en el cielo y otra tocada por una banda de música. — Se salta á tierra. — Visitas militares y recuerdos históricos. — Embajada marroquí. — ¡Malditos sean los tojinos! — El día 21 empieza apetitoso. — Ordénase zafarrancho. — Mi temor al imaginar que vamos á declarar la guerra á los elementos. — Se aclaran mis dudas y se oscurece cada vez más el cielo. — Los cois. — El Rey y el soldado.

Las siete de la mañana serian cuando subí á cubierta. Las nubes se habian encargado de baldearla, y parecíame que el cielo habia desaparecido, caminando nosotros entre dos aguas como los peces. A más de esto, el viento soplabá con inusitada furia. La fragata, léjos de incomodarse, saludábale cortésmente. Pero tan galante proceder, léjos de disminuir, aumentaba la cólera de Eolo, con lo cual sólo obtenia nuevos y prolongados saludos. — ¡Deliciosa mañana!

En cuanto á mí, dije : «al agua, patos», y me lancé á cubierta envuelto en mi capote que creia impermeable y me caló hasta los huesos.

Habria dado tres ó cuatro paseos por aquella acuática alameda, cuando me hallé frente á frente con el señor don Juan Bautista Antequera.

— ¿Ha pasado V. bien la noche? — me dijo.

— Admirablemente, señor Ministro, pero la mañana me parece que no voy á pasarla lo mismo.

— Tendrémos multiplicados chubascos y me parece que ha de continuar el mal tiempo.

— Veo que no augura nada bueno V. E. de las señales atmosféricas.

— Yo sería el primero en desear que la profecía no se cumpliese, pero.....— y dirigió una mirada al horizonte:— pero difícil lo veo.

Que el Ministro de Marina hablaba con una total pericia y marcada experiencia. lo probaron, desgraciadamente, aquellos dos días que, siempre alegres, pues no cesamos de *bailar*, pero fastidiados á causa de no poder partir, tuvimos que soportar sujetos con fuertes *cadena*s ante los presidios de Céuta.

No conviene, por lo demas, que anticipe impresiones, las cuales, si bien en realidad pasadas, al escribir estas líneas supongo presentes.

Poco despues, y tambien envuelto en su capote, apareció sobre cubierta el Sr. Pery, capitan general del departamento de Cádiz. En cuanto al Sr. Comandante de la fragata, paseaba por el puente contemplando desde aquella nada envidiable altura, el engrandecimiento de las olas y la constancia del aire.

S. M., como siempre, estaba en todas partes; ya subia al alcázar de popa, ya corria al extremo de proa, ya aparecia en el puente, ya recibia con toda tran-

quilidad la lluvia y el viento de pié en mitad de la cubierta, y esto sin abrigo, sin capote de ninguna clase, con la sola ligera levitilla de Almirante y la gorra de paño que, á pesar de la carrillera, midió varias veces la distancia del puente á la popa.

A las once formó la guardia, entonóse la Marcha Real y D. Alfonso se dirigió al comedor. Cuando S. M. bajaba, yo subía. Como es natural pensarlo, retrocedí de espaldas para que pudiese pasar.

— ¿Se han mareado algunos? — me preguntó sonriéndose.

— Todavía no, Majestad.

— Pues el tiempo convida á ello.

— Procurarémos, no obstante, hacer todo lo posible para rehusar el convite.

Sonrióse nuevamente y entró en el comedor, sobre cuya mesa dos magníficos jarrones ostentaban profusion de flores, que se movían agitadas quizás por el miedo que el temporal les infundía.

Durante el almuerzo, y como de costumbre, la banda militar estuvo tocando, y recuerdo perfectamente la maestría con que ejecutó el final de la HEBREA, una preciosa tanda de walses (A ORILLAS DEL TÚRIA), la marcha de la AFRICANA y una gran pieza musical titulada LA BATALLA DE LOS CASTILLEJOS.

Precisamente al terminar la *batalla* terminó el almuerzo; pero arriba continuaba la otra, dejándose oír esos cañonazos atmosféricos que todos conocemos, debidos á una artillería que ninguna nación ha incluido aún en sus presupuestos de guerra.

Después del almuerzo S. M. saltó en tierra. Saltó se

dice técnicamente, pero ya comprenderán mis lectores que, á pesar de nuestros deseos, no pudimos dar el salto de la fragata á Céuta. Acompañábanle, si mal no recuerdo, el Ministro de Marina, generales Echagüe y Laserna, coronel de Estado Mayor D. Cesáreo Fernandez Duro, Peris Mencheta, Padró, Illescas y otros.

A pesar de lo terrible del dia, la concurrencia era extraordinaria. S. M. saludó á las autoridades y al pueblo, dirigió algunas palabras al Sr. Romea, ministro de España en Tánger, y se dirigió á pié á la Catedral, donde se cantó un solemne *Te-Deum*. Despues montó á caballo, presenció el desfile de las tropas, y tan luégo como hubo visitado la capilla de Nuestra Señora de Africa, salió al campo sobre cuyas arenas se habian escrito con sangre algunas páginas de la «guerra de Africa.»

Recorrió el Serrallo y se detuvo, aunque poquísimo, en los reductos de Isabel II y Francisco de Asís, regresando á las cuatro de la tarde á la Casa-palacio (Comandancia general) donde tuvo lugar una recepcion. La Embajada marroquí obtuvo la preferencia y permaneció con S. M. un breve rato, suficiente, sin embargo, para que se aprovechase de él mi buen amigo Padró y sacase un boceto-retrato del *scheriff*, enviado del Gobierno marroquí, el cual embajador se llama [modestamente: *Cid-Mohammed-Ben-Adallah-Ben-Amed*.

A las siete de la tarde fué el regreso á la *Vitoria*.

La fuerza del temporal no permitia tener colgada la escala régia y hubo que subir por la de *tojinos*. S. M., que lo hizo con la ligereza de los pocos años y la destreza del marino, se colocó en el portalon para presenciar la subida de los otros, cuya escena, iluminada

solamente por varias linternas, ofrecia no pocas peripecias.

— ¡Valor! — decia S. M. sonriéndose; — la fortaleza no es inexpugnable. En tierra han tomado VV. otras más difíciles.

— Sí, Majestad, pero era *en tierra*; — replicó uno de los generales.

Las olas, entre tanto, ahogaban la voz, estrellándose furiosas contra la coraza del buque; la falúa se columpiaba como la péndola de un reloj, y el mar y el viento y la lluvia formaban un terceto de tan raro y estrepitoso ruido, que sólo al célebre Wagner me atreveria yo á confiar la descripcion.

Por fin, los unos haciendo ejercicios gimnásticos, los otros agarrándose á lo que podian, lograron todos conquistar la fortaleza y ganar la *Vitoria*.

Yo estuve un rato paseando por las baterías, y cuando bajé á la cámara me hallé á casi todos los representantes de la prensa hechos oficiales de marina.

— ¿Qué quiere decir ese uniforme? — les pregunté.

— Que hemos ganado el combate naval.

— Y ¿les durará á VV. mucho tiempo tal distincion?

— Hasta que se seque nuestra ropa — replicó Illescas.

La ropa que habian llevado á *tierra* estaba, en efecto, como si la hubiesen llevado al *mar*.

Día 21.

Como quiera que al acostarnos anoche habíase dicho que saldríamos de esta bahía para el puerto de Cádiz á

las dos de la madrugada, lo primero que pensé al despertarme fué en llamar á Francisco, para saber de él lo que llevábamos adelantado. Éste apareció al instante, preguntándome si deseaba té, café ó chocolate.

—Nada por ahora ; lo que quiero solamente es saber dónde estamos.

—¿Que dónde estamos? En el mismo sitio de anoche.

—Sea por Dios—exclamé.—¿Luego el tiempo no ha cambiado?

—Sí, señor ; el de hoy es algo peor que el de ayer.

—¿Peor todavía?

—El S. O. sigue fuertísimo y el mar ha engrosado mucho. Para el almuerzo será preciso asegurar la vajilla con los violines.

—Y ¿para qué queremos más música? ¿No basta la del temporal?

—Si no hablo de instrumentos, sino de esas cuerdas con listones que verá V. luégo si llega la ocasion.

—¿Pero hay peligro?—le pregunté, sentándome en lo cama.

—No, señor ; ¡qué ha de haberlo, si estamos asegurados con dos anclas y la tercera está preparada!

Echéme al suelo como pude y pasé á mi tocador.

La sala de *toilette* que yo tenía era el elegante camarote del Sr. Torrontegui, á cuya excesiva galantería debí esta deferencia. Tan digno señor dormía aún tranquilamente. Le envidié esta fortuna, y saludando sin querer á los espejos, á la cómoda y á la palangana, pude arreglarme un poco, procurando estar, para no caerme, como el coloso de Rhodas.

A las diez almorzamos todos, sin que el balanceo del

buque influyera lo más mínimo en nuestros estómagos ni hubiese que usar de los *violines*.

Terminado el almuerzo subí á fumar un cigarro al aire libre, cuando me sorprendió un inusitado toque de cornetas y el aún más inusitado movimiento en los soldados y marinería de la fragata.

—¿De qué se trata?—pregunté á un contramaestre.

—Han mandado hacer zafarrancho de guerra—me contestó.

—¿Si se la habrémos declarado á los elementos?—me pregunté. Y en seguida, recordando á aquel célebre personaje que VV. no pueden haber olvidado, el cual exclamó: «*Yo no iba á combatir á los elementos*», me entró un miedo extraordinario viendo la causa perdida y creyéndome ya, como Jonás, en el vientre de una ballena ó de un tiburón, que para mí, que no soy Jonás, sólo hubiera sido cuestion de nombre.

Afortunadamente, todo se redujo á una maniobra más ó menos complicada, pero sin consecuencias de ninguna especie. Los cañones permanecieron mudos, las carabinas, los fusiles y las espadas volvieron á sus respectivos sitios, y la tranquilidad se restableció en pocos segundos.

No pasó lo mismo en el cielo. La metralla de granizo nos azotaba la cara y caía sobre el pavimento de madera á modo de lluvia de confites blancos que desaparecían instantáneamente devorados, al parecer, por la cubierta.

El sol se presentaba de largo en largo rato como para decirnos: «*Pierdan VV. cuidado, que yo estoy á retaguardía*»; volvía á esconderse en seguida tras espesisi-

mos nubarrones, y entónces... entónces sí que el buque era *la mar*.

Esto nos quitaba el gusto, pero no el apetito. Por lo cual, cuando hubo llegado la hora de la comida, nos sentamos á la mesa los veinte y cuatro que jamás faltábamos á la cita, y comimos perfectamente en medio de la mayor alegría y culta expansion.

Los postres y la noche llegaron casi al mismo tiempo; ésta, como la terminacion de la tarde; aquéllos, como la terminacion de la comida.

Favorecidos los últimos platos, fuíme á oír la música, y miéntras ésta ejecuta algunas piezas de su escogido repertorio, voy á permitirme exponer á VV., por si no lo han visto nunca, cómo duermen los soldados y la marinería en los llamados *cois*.

Coi, ante todo, como lo define perfectamente el Diccionario, « es un pedazo cuadrilongo de lona que sirve de catre ó hamaca á los marineros, colgándolo de la cubierta superior, esto es, de la que forma techo en la batería ó alojamiento que les corresponda.»

A la hora de recogerse, que es por lo general á las ocho, aquellas extensísimas baterías son un continuo ir y venir de marineros y soldados, de los cuales cada uno parece llevar un saco de harina á cuestas.

Si no reinára en aquel bullicio el más completo orden, sería enteramente imposible la colocacion de los cois, pues á veces se enganchan hasta tres en el espacio de dos varas cuadradas.

La especie de estrecho saco de harina que ántes he mencionado, suele contener dos cobertores, almohada, sábanas y hasta colchon, algo escuálido, sí, pero al fin

y al cabo, colchon. Suspendido el coi á los ganchos por las respectivas argollas, se arreglan dentro la cama y se suben á ella de un salto ó poco ménos. Toda esta operacion, durante la cual más parecen las baterías nido de hormigas que dormitorio de hombres, no pasa de treinta minutos.

Cuando ya no hay sitio en el techo se ocupa el suelo, y entónces cada uno hace su cama donde mejor le parece. Generalmente, el amigo busca al amigo, y á algunos sirven de almohada las piernas del compañero.

Pasear por aquel sitio en la noche á que me refiero, tenía algo de fantástico. Allí el comedor regio iluminado perfectamente, y el Rey sentado á la mesa con los invitados que tenían la honra de acompañarle; más acá, y todo en comunicacion, el cuadro que acabo de bosquejar, cuya sola iluminacion consistia en varios faroles de escasa luz colocados de trecho en trecho.

Nada, puede decirse, separaba en aquel momento al Rey del soldado; al Jefe supremo de la nacion, del último de los grumetes de un buque. Pero no era de esos magnates antiguos cuyo temor se infiltraba hasta en el mismo sueño de sus súbditos. Era el Rey hijo de la civilizacion, que les ama y les respeta.

¡Felices aquellas naciones en las cuales el Rey y el soldado duermen bajo un mismo techo y ambos duermen tranquilos!

V.

DE CÉUTA Á CÁDIZ.

Día 22.

Las fragatas.—Cuestion entre un ancla y una cadena. — Conversaciones telegráficas.—Tarifa.—¡ Trafalgar!—Cádiz á la luz de soles eléctricos.—La escuadra inglesa.—El Minotauro.—Mi ida á tierra.—Rociones generales y generales rociados.—Mi llegada á Cádiz.—El empleado D. Pedro Rodriguez y la pupilera doña Rosario Velez y Cuña.—Una mujer debajo de mi cama.—Su amorosa historia y mi cándida sencillez.—La «Fonda de Cádiz»

—¿ Francisco?—dije al despertarme por la mañana.

—Voy con el café—respondió.

—No he llamado para eso. ¿Continúa anclada la fragata?

—No, señor; vamos caminando con rumbo al Estrecho, que debe estar bueno.

Vístome de prisa; hago mi *toilette* en ménos que se dice; subo la escalerilla; atravieso las baterías; vuelvo á subir y me hallo sobre cubierta; saludo respetuosamente á S. M., que conversaba con los Sres. Antequera y Pery, y subo al alcázar de popa.

La fragata habia cambiado de sitio; pero en vez de

marchar, sostenia una animada conversacion telegráfica con la *Numancia*, que tampoco se movia. El oficial de guardia encargado de dar las señales era ya amigo mio, y no tuvo inconveniente en explicarme aquellos signos; que para mí se reducian á ver subir y bajar banderas de distintas formas y colores. Supe, pues, que cada bandera representaba una letra ó un número, y que la sola bandera azul indicaba *entendido*. Ahora bien; tal era la práctica, que algunas veces «el entendido» se enarbolaba en la *Numancia* ántes que la *Vitoria* hubiese terminado la frase, y viceversa.

En cuanto á lo que daba lugar á la detencion era que á nuestra compañera se le habia enredado el ancla en la cadena y no podia levar.

Más de tres horas duró el trabajo emprendido para deshacer aquel enredo, y al fin deshecho, las hélices empezaron su rotacion, y los dos únicos barcos de la escuadra que habian quedado en la bahía de Céuta, continuaron su navegacion paralelamente y á corta distancia el uno del otro.

Cerca del mediodia cruzábamos frente á aquel torreón, desde el cual el exceso del patriotismo lanzaba un puñal sobre la cabeza de un inocente.

El panorama de Tarifa se iba extendiendo paulatinamente ante nuestros ojos.

Á haber pasado por aquel sitio en tiempo de nuestros abuelos, nadie se hubiera apercebido de ello. En la época actual, podia saberse en Madrid lo que se determinaba en la *Vitoria*.

¡Oh poder y utilidad de los modernos descubrimientos!

Por medio del semáforo, las autoridades de Tarifa sa-

ludaron al Monarca. Don Alfonso redactó la respuesta con estas palabras, si mal no recuerdo :

« Rey contracambia saludo autoridades Tarifa y lo agradece. »

Puede decirse que éste ha sido el día de los telegramas. La tarde llegaba entre tanto con ménos agua y ménos viento. Era imposible arribar á Cádiz ántes de las siete de la tarde, es decir, ántes de la noche. La *taza de plata* debia aparecer á nuestros ojos como una hermosa hada envuelta én un denso velo.

Al salir por la parte occidental del Estrecho, muchas miradas se fijaron en un sitio de la costa. Nada se dijo, pero se expresó mucho. Los anteojos estaban fijos todos en aquella direccion. ¿Era quizás para leer algo en el libro de la Historia? ¿Se buscaba, por ventura, la palabra « Trafalgar » ?

Lo ignoro y lo creo. Pero esa palabra habia quedado sepultada bajo aquellas olas, como queda sepultado un triste recuerdo en el fondo de un alma noble.

¡ Cádiz !— Ya se divisa perfectamente. Sin embargo, á no venir con nosotros algun Josué, temo mucho que la luz del sol no nos permita verla de cerca. Semejante á una dulce esperanza, cuanto más nos acercamos á ella, más se desvanece.— Observada á traves del antejo, páreceme estar mirando una de esas vistas cosmorámicas cuya luz artificial se va apagando por instantes.

Cuando la noche entraba en el poder, nosotros entrábamos en Cádiz.

La magnífica escuadra inglesa que estaba en la bahía, y á cuya cabeza figuraba la gigantesca fragata *Minotaur*, se iluminó con una luz eléctrica; otra, desde la Aduana de Cádiz, alumbraba el puerto, y otra desde la *Vitoria*, saludaba á la ciudad española y á la escuadra británica.

¡Coincidencia singular! La misma electricidad que fulmina rayos destructores, creaba en aquel momento rayos de luz por medio de la ciencia. No era ya el destello de un horrible volcan, era la pálida y suave claridad de la más esplendente luna.

La vista del puerto en aquel instante escapaba á la reproduccion. Hermosa realidad que le hubiera sido imposible copiar al arte.

Ya aparecia el *Minotauro* como inmenso gigante tendido sobre un mar de luz de plata; ya desaparecia como por encanto, sustituido por una ciudad en perspectiva. Ya eran las ondas, pobladas de innumerables barquillas, las que jugaban con aquella luz; ya sobre las cubiertas de nuestras mismas fragatas nos veiamos todos en un solo instante y desapareciamos en seguida, como de un brochazo negro se borra un escrito.

Los buques que componian la escuadra inglesa, ademas del *Minotaur* (de cinco palos, 17 cañones y 900 tripulantes), eran: la *Blan Prince*, la *Resistance*, la *Defense* y el aviso *Salamis*.

Miéntas duraba la iluminacion, pasaron á bordo de la *Vitoria*, y fueron recibidos por S. M., el Sr. Gobernador de la provincia, el Sr. Alcalde, los Sres. Presidente

y Vicepresidente de la Diputación Provincial, el Sr. Capitán General del distrito, los Sres. Moreno de Mora y Ruiz Tagle, diputados á Córtes; varios generales de Marina, y algunas otras respetabilísimas individualidades. También tuve el gusto de ver por primera vez á bordo al Sr. Silvela, ministro de Estado.

S. M. hizo saber que no bajaría á tierra hasta el siguiente día, y yo aproveché la ocasión para ver detenidamente aquella noche la ciudad del *Non plus* y del *Plus ultra*, lo que equivale á decir que nada puede afirmarse en este mundo.

Metíme, pues, en una gran lancha de vapor, donde volvían al muelle varios generales de marina, y nos lanzamos todos á merced de las olas. Aquel vaporcito no era la *Vitoria*; cabeceaba de un modo horrible, y cada embestida suya era un baño nuestro.—Tan combatido le vi algunas veces, que imaginé la nave del Estado.—Afortunadamente llegamos sin avería á tierra; pero en vez de hallar el muelle lleno de gente, como esperaba, sólo encontré en él varios carabineros, que paseaban tranquilamente, y un caballero particular, que me dijo ser *cicerone*, y llamarse D. Pedro Rodríguez.

—¿Cómo es que no hay aquí nadie?—le pregunté.

—Porque se sabe ya que el desembarco no es hasta mañana.

—¿Y qué es lo que se prepara?

—Lo que casi en todas partes. Ahí—me dijo señalando—había una magnífica tienda, que se llevó el aire esta noche pasada; el frente del Ayuntamiento, que verá V. ahora, se ha adornado todo de gas y los salones se han dispuesto como en Cádiz saben hacerse las

cosas. La Excma. Diputacion ha acordado librar á cuatro mozos del servicio ; la Excma. Corporacion municipal repartirá mañana á los pobres 10.000 papeletas de á dos reales, y ha ofrecido cuatro dotes de á 1.000 á los cuatro hijos de legítimo matrimonio que hayan nacido ó nazcan hoy.

— Vaya, no es poco. ¿Y sabria V. decirme hácia dónde queda la calle de la Carne?

— La de Columela, querrá V. decir.

— No, señor, la de la Carne.

— Lo mismo da.

— Es que la *Guía* que yo tengo.....

— La *Guía* que V. tiene será de ahora veinte años. Los nombres de las calles de Cádiz han sufrido casi todos una trasformacion. Yo le llevaré á V. á la de Columela, y verá que es la que busca.

— ¿No existe allí la casa de huéspedes de doña Carmen García?

— Jamas he oido nombrarla. Pero si lo que V. quiere es una casa de huéspedes tranquila y de poco precio, vamos á la de mi comadre, conocida en Cádiz por la de Rosario Velez y Cuña, en la cual dormiré V. como un patriarca.

Miéntas hallábamos la mencionada casa, recorrimos, yo creo que tres ó cuatro veces, todo Cádiz. Agradóme mucho en aquel paseo la plaza de Mina y la de San Antonio, así como la calle Ancha, donde hay muy notables edificios.

Al fin dimos con la casa de la señora doña Rosario, la cual debia estarlo rezando, pues recibió á mi compañero con un :

— ¡Ave María! ¿Usted por aquí?

— Y con un huésped.

— Pues vamos á cuentas ; si lo que quiere ese caballero es dormir, lo siento mucho, pero no tengo ni un cuarto.

— Eso sucederá en España—dijo con sorna mi acompañante — pero no en su casa de V., y mucho más tratándose de servirme.

— Una mala noche pronto se pasa ;— añadió.

— Vamos á cuentas ; en mi fonda nadie pasa malas noches ;— alegó doña Rosario, á quien yo hubiera puesto la cruz por lo vieja y por lo fea.

— Pues es preciso— exclamó D. Pedro.

— Vamos á cuentas — siguió diciendo, y ya me iban fastidiando las cuentas de aquel *rosario*;— tengo una sala que ha tomado un matrimonio esta mañana. Lo más que puedo hacer es dársela al señor y arreglar el matrimonio donde pueda, aunque sea cediéndole mi habitacion.

— Claro es que así se arregla todo — dijo el agente *cicerone*.

— Pero vamos á cuentas — volvió á repetir quien ya ustedes saben ;— esa habitacion no puedo darla por ménos de lo que él me pagaba, y son treinta reales.

— Carillo es, doña Rosario ; sin embargo, este caballero sabe cómo está Cádiz á causa de los actuales festejos , y dará los treinta reales.

Lo que yo sabía era que habian dado las once ; que no hallaria sitio en ninguna de las principales fondas ; que me costaria lo ménos dos duros volver á la *Vitoria*, y que era preciso doblegarse á las circunstancias.

Cinco minutos despues entraba en mi nueva habita-

cion y me despedia de D. Pedro Rodriguez, que ofreció volver á buscarme al dia siguiente para acompañarme de nuevo por la ciudad.

Quedéme solo al fin ; me quité el frac, recuerdo de Málaga, y alcé la colcha para ver si algun amigo de lo ajeno habia tenido la feliz idea de esperar mi sueño debajo de la cama. Acerqué la luz y estuve á punto de lanzar un grito. Allí habia una persona, y yo no tenía más armas que la palmatoria. El ratero estaba vestido de mujer. Así á lo ménos lo pensé al verle envuelto en un traje casi blanco y de forma talar.

Diríjome á la puerta para pedir auxilio, pero la persona escondida adivina la intencion, asoma la cabeza y me dice con una voz tan dulce como atristada:

— ¡ No llame V., por caridad!

A impulsos de aquella voz, mis piés se detuvieron.

Tras la cabeza salió todo el cuerpo.

Jamas he visto mujer más linda.

En su penetrante y dulcísima mirada se leia el rencor, la esperanza, la desesperacion y hasta el pudor mismo. Sus cabellos, negros como el azabache, le cubrian las espaldas ; su rostro asemejábase á una pálida rosa. Su traje era de tela corriente, y estaba tan limpio como estarlo podia despues de haberle arrastrado por el suelo.— Sentóse en una silla, respiró tristemente y se enjugó los ojos.

— Pero, señorita.....—la dije.

— No soy señorita —me interrumpió volviendo á suspirar— soy casada.

— ¡ Ah!.....—exclamé.— ¿ Y pudiera saber lo que ha dado lugar á esta escena tan inconcebible?

—¿Y V. me lo pregunta, caballero, cuando es la causa de todo?

—¡¡Yo!! — exclamé sorprendido.

— Sí, señor; V. y la venida de S. M.

— ¡La venida de S. M.! Nunca imaginára que semejante acontecimiento impulsára á V. á esconderse debajo de una cama.

— Pues oiga V. lo que me sucede, para que no me tome por una mujer de poco más ó ménos, y ábrame luégo el camino para salir de este aposento sin que nadie me vea.— Esto diciendo, echóse el cabello hácia atrás con una mano que parecia de alabastro, volvióse á enjugar los ojos, y refirióme lo siguiente :

— Soy sevillana ; me llamo Aurora R. ; tengo diez y nueve años , y me casé hará cosa de cinco meses. Mi ocupacion era la costura. Enamoróse de mí un jóven empleado en telégrafos , que empezó por hacerme algunos desde la calle y acabó por entrar en la casa. Treinta dias despues nos échaban las bendiciones. La primera quincena de la luna de miel pasó sin nubes. Pero despues Adolfo empezó á descuidarme , y no trascurrieron muchos dias sin que vinieran á decir me que cortejaba á la esposa de un lotero. Me callé , no echando , sin embargo, la ofensa en saco roto ; pero como siempre he sido vehementemente , procuré tranquilizarme para evitar un escándalo. Permítame V. que aquí descanse un poco — dijo — y guardó silencio por algunos momentos.

La pálida luz de la vela se reflejaba vacilante en aquel lindísimo rostro. Estaba hermosa ; y comprendiendo que me fijaba demasiado en ella , continuó de este modo :

— Ruégole á V. que se fije bien..... en lo que voy á decirle y me disculpe. Hará cosa de dos meses, supe que Adolfo galanteaba á una figuranta de Arderius. Callé tambien : pero llegado el viaje del Rey, ella indujo á mi marido para que la acompañase á Cádiz á presenciar la entrada del Rey, y yo supe esta mañana por la pupilera de la figuranta, á la que ha quedado debiendo la lavandera y quince dias de pupilaje, que ambos infames habian salido con el primer tren y que se hospedaban en Cádiz, casa de doña Rosario Velez y Cuña. Acepto el consejo de yárias amigas, tomo el tren de la tarde, llego á Cádiz hace poco, pregunto por él en esta casa, me dicen que ha tomado con su *esposa*... ¡infame! que ha tomado con su esposa el núm. 13 ; fingiendo retirarme, me despido de doña Rosario, la pillo las vueltas y me introduzco en el núm. 13. Mi idea era esperarle, pues ántes de media noche habia prometido volver ; cogiéndole en el garlito, el divorcio hubiera venido á poner término á mis penas ; pero V. ha destruido mi venganza y ha comprometido mi reputacion. ¡ Dios se lo perdone !

— Lo siento en el alma, Aurorita.

— Quiero creerlo, pero tambien quiero que V. me diga lo que va á hacer para salvarme.

— Paréceme lo más sencillo volverlo todo á su primer estado. Métase V. otra vez donde estaba, y la respondo de todo.

Esto diciendo, tiré de un cordon que rozaba la pared, y sonó fuera una campanilla. La jóven me miró casi con desprecio.

— Gracias — exclamó despues ; — muchas gracias ; y sintiendo los pasos de doña Rosario, volvió á su escon-

dite, no sin haberme echado otra mirada áun más desdenosa é irónica que la anterior.

— ¿Se le ofrece á V. algo?—preguntó la pupilera entrando en el cuarto;— ¿no hay agua en el jarro?

— Dígame V.; ¿ese matrimonio...?

— No me hable de él; se halla ahí abajo, y me estoy viendo negra para convencerle de que es preciso que cambie de habitacion.

— Pues véase V. blanca, porque yo le cedo ésta.

— Vamos á cuentas; ¿cuál es el motivo?

— Que yo no quiero hacer daño á nadie. Déme usted la habitacion de abajo y le pagaré por ella lo mismo que por ésta.

La pupilera abrió desmesuradamente los ojos, sorprendida de tanta generosidad, y me llamó su salvador. (No sé lo que me llamará hoy.)

Bajé con ella, entré en el nuevo cuarto, vi subir al *matrimonio*, que no sabía lo que le esperaba debajo del lecho, y tomé la puerta de la calle como raton que escapa de la ratonera.

Preguntando á los guardas nocturnos, llegué otra vez á la plaza de San Antonio, donde, al pasar anteriormente, habia leido sobre la fachada de un edificio: *Fonda de Cádiz*.

Pregunto allí si hay hospedaje, y me dan una magnífica habitacion baja con alcoba y ventana á la plaza, todo por ménos precio que en casa de doña Rosario. Registro el cuarto, alzo la cubierta de la cama y.... no habia nadie debajo. Una vez en el mullido lecho, púseme á pensar en la escena que se estaria tal vez represen-

tando en mi antigua habitacion , miétras yo tranquilamente me echaba á dormir.

Apagué la vela, y entre aquella negra sombra apareció, como un punto luminoso, la blanca imágen de Aurora.—Poco despues el cansancio llamó al sueño, y el sueño borró todo.

VI.

SEGUIMOS EN CÁDIZ.

Día 23.

Entrada del Rey en la ciudad.— La bahía á la luz del sol.— Discusion con un telegrafista sobre el guion de *Te-Deum*.—Recepcion de señoras.—Un asilo y un hospital.—Capuchinos.—Academia de Bellas Artes.—El Minotauro del siglo XIX.—Un banquete en sus entrañas.—Oleaje de oro.—El brindis de un almirante inglés y la contestacion de un Rey español.

Y amaneció el dia lluvioso, por variar.

Las once serian cuando me dirigí al muelle, pasando por entre dos grandes tablados erigidos en la puerta marítima de la ciudad, y ocupados, en su mayor parte, por el sexo hermoso.

La forma especial de Cádiz la ha dado tambien el nombre de *sarten*, y yo no dudo que al ver tanta belleza exclame más de un ambicioso: ¡ay, quién tuviera la *sarten por el mango!*

En cuanto á la bahía, asemejábase á una exposicion de banderas de todos colores, agitadas por el viento, como si fuesen los pañuelos con que saludaban los buques el acontecimiento de aquel dia.

Las escuadras española é inglesa formaban un semicírculo, y limitaban, por decirlo así, el espacio comprendido entre la tierra y el mar.

Su Majestad era esperado en el desembarcadero por cuanto de más notable encierra Cádiz en altos funcionarios, distinguidas corporaciones y respetables individualidades, hallándose todos bajo una elegante tienda de campaña que avanzaba hácia el mar.

Cuando las baterías de San Felipe, así como las de las escuadras, anunciaron con sus atronadores disparos que el Monarca venía á tierra, el oleaje de la concurrencia superó al de la bahía. Los botes abrieron calle en el mar, miéntras á los municipales se les cerraba la que habian abierto en tierra, y el Rey se aproximaba á la escalinata, conducido por un pequeño vapor y seguido por los esquifes del «Club de Regatas», que casi regateaban con la régia embarcacion.

Estos momentos de llegada son siempre solemnes. La ansiedad de conocer al Jefe del Estado; la curiosidad de ver para luégo referir; el repique de las campanas y el estampido de los cañonazos; la presencia en un solo punto de todo lo más selecto de una poblacion; el bullicio, la gritería, las aclamaciones, las bandas de música, todo esto forma un cuadro tan animado y tan imponente á la vez, que se hace necesaria la costumbre para disminuir su impresion en el alma de quien es objeto de tales demostraciones, máxime cuando este alma es la de un jóven, donde la fantasía y las esperanzas son los cristales de aumento con que se ve dicho cuadro.

Despues de los saludos de costumbre, S. M. subió al magnífico carruaje que se le tenía preparado, en el que

le acompañaron los Sres. D. Leandro Perez Cossío, gobernador de la provincia, y el Sr. D. José de la Viesca, Alcalde Presidente. La comitiva régia ocupó los demas, acompañada á su vez de las distinguidas representaciones oficiales que habian asistido al acto, y partieron de allí todos en direccion á la catedral.

Puede decirse, sin temor de equivocarse, que la senda que recorrimos para llegar al sagrado templo, lo fué de flores. Pero en breve la severidad de la iglesia sustituyó á la alegría expansiva de las calles. Sin embargo, en el templo bullia la gente, y hubo hasta males de corazon á causa de apretarse cada vez más los tornillos de aquella prensa humana.

No tuvimos el gusto de ver al Sr. Obispo de Cádiz, privado de asistir á tan solemne acto por una dolencia fisica, pero oimos el solemne *Te-Deum*, y dimos gracias á Dios por habernos sacado felizmente de las aguas de Céuta, donde, como se indicó, *arrastramos cadenas* durante dos dias.

Terminada la ceremonia religiosa, salí de la iglesia casi á hombros del pueblo, sin haber hecho nada absolutamente para merecer tamaño honor, y pasé con S. M. á la Aduana, donde el lujo y el buen gusto se daban la mano, y donde en el salon, bellissimo por cierto, de la Diputacion provincial, tuvo lugar la recepcion de costumbre despues del desfile de las tropas, que duró veinte minutos.

Recuerdo que en la Aduana, departamento telegráfico, y mientras tenía efecto la recepcion, discutiamos dos

de la comitiva con el oficial de telégrafos una cuestion que someto á los etimologistas.

Mi amigo redactó un parte dirigido á un periódico de Madrid, y le sostenian que en dicho parte la palabra *Te Deum* se contaba por dos. Y nosotros deciamos :

— ¿Por qué no cobra V. entónces como dos palabras *ferro-carril*, *tram-vía*, etc., etc.?

— Porque esas palabras pueden admitirse sin guion, como por ejemplo : *tramvía*, *ferrocarril*.

— Pues quiteselo á la otra y déjela V. *Tedeum*.

— No es posible.

— ¡ Hombre ! Ni que fuera una procesion.

— El guion en *Te-Deum* es necesario.

Mi amigo, que estaba deprisa, y que no por cuestion de una palabra más ó ménos, sino por la razon, insistia, abonó diez céntimos por el *Te* y otros diez por el *Deum*. Pero yo pregunto ahora : ¿ es posible que en las tarifas telegráficas se admita, por ejemplo, el *can-can* como una sola palabra, y no se reconozca como tal el *Te-Deum*, por más que la distancia moral entre ambas sea la del infierno á la gloria ? ¿ No están sustantivadas ambas por el artículo *el* ? Y si se admite así en las tarifas, ¿ hay algun motivo lingüístico ó lógico para hacerlo ? ¿ Depende de una razon ó de una anomalía ? Si es razon, ¿ por qué no se explica ? ; si es anomalía, ¿ por qué se tolera ?

Despues de esta ligera discusion volvimos á los salones, donde supimos que la recepcion habia terminado, y nos encaminamos á un elegante saloncito en el que vá-

rias señoras saludaban á S. M., quien habia permitido que éstas se presentasen tal como se hallaban en el edificio; es decir, sin el traje de rigurosa etiqueta.

Allí conocimos á la célebre escritora francesa, viuda del eminente político italiano Urbano Rattazzi; la mencionada Princesa de Solms vestía con elegancia y llevaba la banda de María Luisa. Tambien vimos, entre otras cuyos nombres nos dijeron varios señores del Ayuntamiento, á la esposa del Sr. Cossío, el asiduo perseguidor del juego en Cádiz; á la distinguida escritora doña Patrocinio de Biedma; á las señoritas de Sanchez Alarcon, con una de las cuales el Monarca sostuvo un breve cámbio de palabras, y á las Sras. de Ochoa, Tablada y Marquesa de Carballo.

Esta recepcion, no anunciada, debió ser más grata á S. M. que aquella otra, monótona y pesada, hija de la etiqueta oficial.

Durante la recepcion masculina, tuvimos el gusto de oír por primera vez la privilegiada banda de alabarderos y la bien organizada de la Municipalidad gaditana.

CASA CUNA Y HOSPITAL PROVINCIAL.

Ocupados de nuevo los carruajes, se visitaron la Casa de Expósitos y el Hospital Provincial, que recorrió S. M. con la detencion que la premura del tiempo le permitia; este último, sin embargo, le concedió el suficiente para apreciar la buena marcha de tan humanitarias instituciones y llevar el consuelo á no pocos enfermos.

Hay personas que no ven nada aunque examinen todo, y otras que al primer golpe de vista penetran hasta lo que más se oculta.

Don Alfonso es de éstas últimas, y así lo demostraba despues entre nosotros, reflexionando sobre ciertos detalles que jamas hubiéramos creído se quedarán fijos en una imaginacion que recorria con la velocidad del relámpago aquella serie de exhibiciones tan heterogéneas como inesperadas. Añádase á esto que S. M. no dejaba de cambiar un saludo ni de oír á cuantos se le acercaban, y se verá si se necesita ó no la mayor prontitud de espíritu y la mayor conciencia de lo que se visita, para formarse de ello un justo criterio.

BELLAS ARTES.

Antes de ir el Monarca á la Academia de Bellas Artes, quiso entrar en la iglesia de Capuchinos, para ver dos soberbios cuadros de Murillo.

Penetramos con S. M. tres ó cuatro nada más, y en la iglesia sólo habia un hombre durmiendo y una pobre vieja, tan ajena de quien visitaba aquel solitario recinto, que dijo al Rey extendiendo maquinalmente la mano:

—¿ Me da V. una limosnita, señor capitan?

Don Alfonso examinó los dos cuadros con la atencion del apasionado y la inteligencia del artista, terminando por decir sin separar del lienzo la mirada:

— Son verdaderamente dos joyas.

La Academia de Bellas Artes estaba en extremo favorecida por *bellas* que no eran *artes*.

En el salon de sesiones, tapizado de cuadros, habia un indescriptible bulle-bulle; los concurrentes de ambos sexos que no podian ver nada sentados, se ponian de pié en el suelo y luego de pié en las sillas, por lo que puede decirse que la *parte alta* de aquella reunion se hallaba á media vara sobre el nivel del mar... de cabezas que se agitaba en aquel recinto.

Tratábase de la admision de un académico, y de que tan solemne acto fuese presidido por S. M. Era imposible festividad más completa.

Lo que dijo el ilustrado neo-académico en su erudito discurso de recepcion, debió ser magnífico, á juzgar por los párrafos que de él llegaban hasta mis oidos atravesando el ruido de la concurrencia; pero no pude saber más sino que versaba sobre la influencia de la marina en las artes.

Cumpliéronse despues las formalidades de admision, y S. M. subió de nuevo al carruaje, dirigiéndose al muelle donde se embarcó, no para combatir, como Teseo, al *Minotauro*, sino á pasar en él algunas horas en extremo agradables.

EL MONITAUUR.

Difícil sería pintar sobre el negro lienzo de la noche una vista más poética que la presentada por las escuadras española é inglesa.

Aquellos enormes palacios de hierro iluminados, como los que antiguamente se reflejaban en las lagunas de Venecia, retratábanse entónces en el Océano.

Todo era magnífico.

Los cólosales buques, que aparecian como dibujados por un pincel de fuego sobre un fondo oscurísimo; las barcas que, como alegres góndolas, se deslizaban en todas direcciones; el inmenso espejo de las aguas, trasparente base de tan fantástico conjunto; todo, todo inspiraba esa poesía que no debe morir con los primeros años, cuando en mi corazón frío y gastado, se despertaba potente y regeneradora, haciendo caer de mis hombros la pesadísima carga de cincuenta y nueve años de existencia.

En el seno de uno de estos buques, en el interior de uno de estos palacios, se celebraba el más espléndido banquete. De veinte y cuatro á veinte y seis personas rodeaban la mesa, á cuyo frente se hallaba el augusto invitado. Centenares de bujías la iluminaban, y un verdadero oleaje de oro circulaba por encima de los manteles, no ya en forma de monedas sino en objetos de arte.

¡Soberbia en verdad era aquella vajilla con que la Reina de Inglaterra obsequiaba al Rey de España! y más digno todavía de mencion el valor del recuerdo que el valor de la vajilla!

Al terminar la comida, cuyos manjares fueron tan exquisitos como exquisita fué en todo la galantería de la marina inglesa, el Vice-almirante Beauchamp de Seymour pronunció un brándis en honor de la nacion española y del Rey D. Alfonso, tan sentido en su fondo como elegante en su forma.

Terminado este brándis, alzóse S. M., y cuando todos creíamos que iba á contestar en el idioma de Cervántes, emitió en el de Shakespeare las siguientes ideas :

« Señores : al dar las más expresivas gracias por su brándis al Vice-almirante Beauchamp de Seymour, considero como el primero y más grato de mis deberes manifestar mi agradecimiento á S. M. la Reina de la Gran Bretaña por la felicitacion que me dirige y que por tan nobles intermediarios recibo. Tan marcada como sincera prueba de cordiales relaciones viene á estrechar el lazo de la amistad entre ambas naciones y mi personal afecto hácia Inglaterra, á cuyo ejército tuve el honor de pertenecer el suficiente tiempo para admirar de cerca la marcha política de aquella nacion que tanto prospera bajo el gobierno constitucional de la tan justamente amada reina Victoria.

» Quiera Dios concederme la gloria de asegurar al noble pueblo español una era de prosperidad semejante á aquella de que disfruta el pueblo inglés, elevada sobre las firmes bases del trabajo, la justicia y la libertad.

» Ahora bien, señores, brindemos por la salud de Su Majestad la Reina de la Gran Bretaña, emperatriz de las Indias; por el Príncipe y la Princesa de Gáles; por toda la Real familia, y por la felicidad de la nacion inglesa. »

Este brándis, pronunciado con admirable soltura y correccion de estilo, fué unánimemente acogido con entusiasmo.

Cerca de las diez de la noche, la salva de veintiun cañonazos disparados por el *Minotauro*, que léjos de co-

merse á la gente, permitia que casi un pueblo entero comiese en él, anunció á la ciudad que el Monarca volvia á la *Vitoria*, donde despues de tantas y tan continuadas horas de cansancio, le esperaban algunas de reposo, reposo que yo tambien voy á permitirme tomar.

VII.

EN MAR Y EN TIERRA.

Día 24.

La paloma del Océano.—Cádiz á vuelo de pájaro y de imaginación.—El dique de los Sres. A. Lopez y compañía.—Un almuerzo delicioso.—Gran banquete ofrecido por S. M. á la escuadra inglesa.—El Gran Teatro.—Belleza femenina en todo su esplendor.—Instituto de Santa Cecilia y concierto que hoy ofrece el Casino.—Un marido que apalea á su cara mitad por no haber tenido un hijo á tiempo.

Cádiz, á quien el Océano continuamente besa ó castiga, como hacen ciertos maridos celosos con su cara mitad, es la paloma de España, embragada á la isla de San Fernando por la cuerda de un istmo.

Cádiz, limpia como el armiño, blanca como la azuena, hospitalaria como el sérvio y culta como el antiguo ateniense, encuéntrase enclavada en un anillo de piedra que mide más de siete mil metros. Una temperatura jamas fuego y jamas nieve, constituye su clima.

La graciosa andaluza del Océano cuenta en su historia épocas célebres; fué arrullada en su cuna por los fenicios; educada por los romanos, y se casó por fuerza con el árabe. Roto este lazo por el rey San Fernando y esta-

blecido el divorcio, pasó muchísimo tiempo, ya alegre y vigorosa, ya sufriendo terribles epidemias, en las que vió morir á millares de hijos suyos, cuando, por último, Napoleon I se enamoró de ella. El nuevo César, sin embargo, recibió calabazas, y todos sus esfuerzos para lograrla se estrellarón contra la decidida y noble obstinacion de la bella andaluza.

Las hijas de *Gades* se distinguen por su finura y por su elegancia. Hay quien dice que el lujo ha puesto casa en esta poblacion, y que un sinnúmero de señoras escucha sus lisonjas. Lo sentiria si fuese cierto. Yo conocí á ese señor en mi juventud, y recuerdo que cierto dia me hizo su retrato con la ingenuidad que no le caracteriza.

— Soy — me dijo — como el vampiro, que mientras duerme el hombre le hace fresco con el ala y le chupa la sangre. El *sueño* es la vida, mi *ala* es la lisonja, la *sangre* es la riqueza.

Hay quien dice tambien que las gaditanas son una especialidad en tener los piés pequeños. Hé ahí una cosa que me han impedido ver los vestidos largos.

Cádiz, en fin, ha dado hijos al mundo que el mundo entero saluda respetuosamente, viéndoles á traves de esa muralla de siglos que entre su existencia y nuestros dias ha fabricado el tiempo. ¿No cuenta entre los historiadores y guerreros á Lucio Cornelio Balbo? ¿entre los pintores á Clemente Torres, el autor de los «Santos Juanes» y de «San Fernando»? ¿Entre los poetas antiguos no tiene á Cannio, así como entre los modernos á Cالدالو, que á la pluma unió la espada, y no cuenta entre los agrónomos á Columela, el célebre filósofo de la antigüedad.....?

Como edificios notables, descuellan : en religion, la catedral nueva; en comercio, la Aduana; en historia, San Felipe Neri; en vindicta pública, la cárcel; en espectáculos, el Gran Teatro; en *humo*, la Fábrica de Tabacos.

La catedral, hecha á fuerza de limosnas, empezóse en el año 22 del siglo pasado, y se terminó el 38 del presente, al calor de la fe que inspiraba al virtuoso obispo fray Domingo de Silos Moreno. Constituyen este edificio diversos órdenes arquitectónicos, y abunda en mármoles y jaspes; el presbiterio se distingue por su elegancia y riqueza. San Felipe Neri recuerda que bajo sus bóvedas se reunieron los diputados á cuyo cargo estaba la discusión del código constitucional de 1812. La cárcel pública es uno de los mejores edificios en su clase, y ostenta en su frontispicio el ideal de la más catoniana rectitud y de la caridad más evangélica, condensado en esta breve, pero elocuentísima, sentencia :

ODIA EL DELITO Y COMPADECE AL DELINQUENTE.

El Gran Teatro hace honor á una capital culta y de primer órden. La Fábrica de Tabacos es notable por su solidez y magnitud.

Cádiz tiene tambien.....

—Peró, señor D. Inocencio—me dirá el pacientísimo lector—¿ va V. á escribir la guía de una ciudad, ó las impresiones de un viaje?

Creo que el lector tiene razon, y por más que puede entrar en las mencionadas impresiones la que me haya hecho Cádiz, me circunscribiré á la crónica.

El dia lo ha dedicado S. M. á la marina, y la noche al

teatro. La visita más notable de la jornada ha sido la efectuada al

DIQUE DE LOS SRES. D. ANTONIO LOPEZ Y C.^a

Este soberbio dique, situado entre dos puntos cuyos nombres no son muy armónicos (*Matagorda* y el *Caño de María*), se encuentra á los 36°, 30', 33" latitud norte y 0°, 2', 3" longitud oeste del Observatorio de San Fernando.

De los curiosos datos que existen en este gran centro de reparaciones marítimas, se deduce que el terreno ocupado por las explanaciones y obras ejecutadas entre los límites arriba indicados, mide una superficie de 80.760 metros cuadrados, y que toda ella, al empezar los trabajos, se hallaba cubierta por las aguas de las mareas. También resulta de un concienzudo cuadro estadístico que tengo presente, la supremacía del dique de Matagorda con relacion á casi todos los demas que existen.—Las enormes filtraciones de fondo han constituido una de las mayores dificultades vencidas para llegar á tal altura. Sirva de prueba la cantidad de agua expulsada, que asciende á la enorme cifra de 40 millones de metros cúbicos, elevados á 12 metros de altura, en los treinta meses que lleva de estarse achicando.—Las potentes máquinas que se han necesitado para ello representan un caudal. En cuanto á su alimentacion, baste decir que sólo en 1876 las calderas se han bebido, digeriéndolos en forma de vapor, 45.000 metros de agua potable, y que para calentar sus férreos cuerpos se han necesitado 6.000 toneladas de carbon.

Pero volvamos á nuestro relato, no sin haber consagrado ántes un recuerdo á los ingenieros Sres. D. Roberto B. Bell y D. Daniel Miller, de Glasgow, así como á los Sres. D. Eduardo Pelazo y D. Alejandro Lister, por el excelente resultado de sus afanes.

Dos vaporcitos, cuyos nombres si mal no recuerdo eran *Piloto* y *Auxiliar*, condujeron desde tierra el convite hecho por la casa Lopez, y serian poco más de las doce cuando llegaron al dique llevando un verdadero cargamento de *aves negras con collares blancos* y de lindísimas *mariposas* con alas de todos colores.

Su Majestad, entre tanto, visitaba aquel magnífico recinto con minuciosa escrupulosidad.

El improvisado desembarcadero constituia una calle de banderas limitada por un arco-trofeo formado de máquinas, herramientas, escaleras, etc., etc., y letreros alusivos.

El magnífico vapor *Alfonso XII* era el palacio en aquella poblacion de mástiles, ruedas, palanquetas, tablones y máquinas. S. M. visitóle de popa á proa, y desde la cubierta hasta la quilla, y pasó despues al comedor, donde fué servido un almuerzo con esa esplendidez que la casa Lopez sabe imprimir á sus demostraciones.

Una banda de música amenizó este acto por demas agradable y *suculento*.

Entre los señores de la régia comitiva, recuerdo que se hallaban á la mesa el Sr. Presidente del Consejo, los señores ministros de Estado y de Marina, los señores Gobernadores civil y militar de la provincia, el Sr. Layard, ministro de Inglaterra; los generales Sres. Echagüe y Laserna, y el Sr. Topete, comandante de marina.

Terminado el almuerzo (que todo en este mundo termina por bueno que sea), embarcóse S. M. en la falúa Real que le condujo á bordo del cañonero *Cocodrilo*, con el que á su vez se dirigió á bordo de la escuadra inglesa, donde presencié algunas maniobras. Esta despedida constituyó un nuevo cuadro. La cubierta del *Alfonso XII* se estió de personas que parecían haber brotado del fondo del buque; los marineros, en las vergas, hacían aparecer las jarcias como formadas por una cadena de hombres, y el agitarse de los pañuelos, y el grito de las aclamaciones, y los acordes de la banda de música, animaban extraordinariamente aquel sitio, en el cual, pasadas algunas horas, volvería á oírse ese otro ruido que produce el trabajo, mucho más monótono, es verdad, que la expansión de los vivas y de las aclamaciones, pero que es el engendrador de la riqueza y la base del bienestar, como acababa de probarse en aquel día.

Cubierta de nuevo la mesa, tomaron parte en ella todos los convidados, haciendo los honores el representante de la casa, Sr. D. Carlos Barrie, y el comandante del buque, Sr. D. Manuel Villaverde.

A la rigidez de la etiqueta habíase sustituido en este segundo almuerzo, lo que vale infinitamente más: la belleza de la mujer.

Hubo bréndis, y fué el primero uno pronunciado por el ilustrado Sr. D. José Franco de Terán, director del *Diario de Cádiz*, quien, habiendo manifestado, en correctas y poéticas frases, la protección que la Providencia

dispensaba á la empresa Lopez, cuyos buques no han hallado jamas en el líquido elemento esos terribles escollos de que es víctima el hombre, dijo le estaba reservada la satisfaccion inmensa de haber hoy albergado, siquiera por cortos instantes, en el más hermoso de los correos trasatlánticos, á ese jóven Monarca que, lleno de fe en el porvenir, es la esperanza de la nacion, y cuyo nombre, como estrella guiadora, lleva el mencionado buque. El Sr. Franco hallaba todavía un feliz augurio en la presencia de aquellos ángeles (y en verdad que lo parecian), los cuales habian descendido hasta aquel sitio para sellar un pacto de paz entre los furiosos elementos y la civilizadora mision del *Alfonso XII*.

Despues brindaron muchos de los invitados, á quienes no tuve el gusto de conocer, si bien recuerdo haber oido citar entre ellos á los Sres. Abarzuza, Miñano, general Villar y Plaza. El Sr. Barrie dió, en muy sentidas frases, las más sinceras gracias á todos, tanto en nombre de la Empresa como en el suyo propio, y lo mismo hizo el Sr. Villaverde. Sin embargo, la más grata impresion de los brándis debia quedar grabada en nosotros, emanada de los labios de la lindísima señorita doña Carmen Sanchez de Alarcon, á quien ya habia tenido el gusto de ver el dia anterior en los salones de la Aduana, y que se dignó reservarnos este placer. Su última palabra fué el principio de un aplauso tan expresivo como prolongado. Despues los convidados volvieron á tierra, y yo pasé á unirme á la comitiva que, con el incansable Monarca, recorria los establecimientos marítimos de la Carraca.

Por la tarde S. M. devolvió el convite que le habia hecho la víspera la escuadra inglesa. Éste se verificó en

la Capitanía General, siendo, según era natural, para la isla de Leon un día de fiesta; pero como se piensa volver mañana á esta isla, nada diré de ella hasta mañana.

REGIO BANQUETE.

La mesa hallábase rodeada por todos los convidados, entre los cuales vi unos sesenta ó setenta jefes y oficiales de ambas escuadras.

Sin que menoscabara en lo más mínimo el alto respeto que inspiraba la suprema autoridad del Estado, habia en este banquete una cierta comunicabilidad que lo hacía expansivo y en extremo agradable, fraternizando por completo en atenciones y galantería la procedencia oficial de la Gran Bretaña con la de la nacion de los iberos.

Al terminar el banquete, S. M. pronunció estas palabras, con entonacion robusta y reflejando en ellas los sentimientos de su corazón:

«Señores: Al verme rodeado de jefes y oficiales de marina que tanto han ilustrado los fastos de la Historia, no puedo ménos de consagrar un recuerdo á los navegantes ilustres de todas las naciones que, afrontando riesgos sin cuento, y surcando peligrosos mares, han abierto vastísimos horizontes. á la fe, á la civilizacion, al comercio, á las ciencias, á las artes y á la industria

» Los que hoy se reúnen en fraternal convite sabrán inspirarse en modelos tan dignos; y dando constantes ejemplos de abnegacion, de valor y de disciplina, podrán contribuir poderosamente á mantener la independencia y la prosperidad de su patria.

» Marineros españoles: á esta obra, de la que estriba en gran parte el renacimiento del poderío y de la grandeza de España, procurará, en cuanto le sea dado, consagrarse vuestro Rey.

» Y como quiera que el objeto que hoy nos reúne es corresponder á los honores que ayer me fueron tributados por la Marina Real inglesa, natural es que concluya con la frase que aprendí en el tiempo en que me honraba perteneciendo al ejército de la Gran Bretaña; esa frase con la cual tan leales y esforzados soldados terminan siempre sus reuniones y sus banquetes :

« ¡ GENTLEMEN..... TO THE QUEEN ! »

Rayo de sol fué esta última frase que iluminó vivamente la fisonomía de la Marina británica; y es que para el carácter altamente caballeresco de los ingleses, la Reina no es una dama que empuña un cetro, sino un mito que simboliza cuanto de grande y noble lleva en sí el amor á la nacion y el respeto á la mujer.

Cuando la agradabilísima impresion de tan oportuno brindis hubo cesado de manifestarse algun tanto, el honorable Sr. Layard, visiblemente conmovido, expresó en nombre del país que representaba, el agradecimiento con que veia aquella manifestacion de cariño por parte de S. M. el Rey hácia la Gran Bretaña; cariño que creia inútil afirmar era plenamente correspondido por la Reina, su señora, así como por la nacion, su patria; y terminó con esta frase en castellano :

— « ¡ Señores : á la salud de S. M. D. Alfonso XII ! »

Las copas se alzaron entónces impulsadas por un solo

movimiento, y la exclamacion de respuesta fué tambien una sola.

El Sr. Antequera, en fin, hizo patente con cuánta gratitud no recordaria la Marina española el tiempo que S. M. habia permanecido al frente de la escuadra, compartiendo con ella tanto los placeres como los azares y penalidades de la vida del navegante; y esta manifestacion, fervorosamente acogida, sobre todo por el elemento oficial á quien iba dirigida, echó la llave al banquete.

LA VUELTA Á CÁDIZ.

Poco ántes de las once entrábamos de nuevo en Cádiz.

Desde la estacion del ferro-carril hasta el mismo teatro, cuya distancia es respetable, formaban la carrera dos impenetrables murallas de gente, iluminadas á cortísimas distancias por luces de bengala y hachas de viento.—Las Casas Consistoriales presentaban un aspecto deslumbrador, y otras muchas iluminaciones demostraban el buen gusto de los gaditanos.

El carruaje de S. M. y los de la comitiva tenian que pararse algunas veces, siendo imposible á la línea de tropa contener el empuje de aquellas masas, que por la sencilla razon de querer verlo todo, no querian perder nada; y así llegamos hasta la plaza de San Antonio, al rededor de la cual dimos una vuelta que no estaba en el programa, volviendo á tomar el camino del teatro, á cuyo puerto de salvacion pudimos llegar despues de media hora de viaje.

EL GRAN TEATRO

presentaba un aspecto verdaderamente admirable.

Entre cada brazo de luz de los que tiene el coliseo, hallábase una araña, lo que formaba de cada palco una pequeña sala de baile, pues todos los concurrentes vestían de rígida etiqueta.—Al presentarse S. M. (que, como casi siempre en tierra, llevaba el uniforme de capitán general) las señoras se pusieron de pie, formando una inmensa galería de ideales palomas blancas, cuyas alas batían agitando pañuelos de finísima tela.—El recibimiento en el Gran Teatro estuvo, en fin, á la altura de la tan culta Cádiz.

El palco escénico lo ocupaban exclusivamente infinidad de niños y no pocas señoritas.—¿Quiénes eran, y qué iba á tener lugar en aquel sitio?

Tratábase de un concierto que ofrecía el *Casino Gaditano* con el auxilio del Instituto musical de *Santa Cecilia*, formado á fuerza de tantos trabajos y fatigas, como la *Sociedad Filarmónica* de Málaga.

La Junta del Casino, compuesta de los Sres. D. Agustín de la Viesca, D. Luis Abarzuza, D. César Lovental y D. Manuel Gomez, hacían dignamente los honores de esta fiesta artística.

La primera pieza ejecutada fué, si mal no recuerdo, una sinfonía del Sr. Madrid, á la que siguió una fantasía de Alard, para violín, ejecutada por el Sr. Jimenez, y á ellas el *andante* y *allegro* de un concierto de Mendelssohn. La cuarta, en fin, el *Ave María* de Luzzi, fué in-

terpretada con dulcísima voz por la señorita doña Josefa Braojo.

Por referencia á muchos y entendidísimos profesores, sabía yo de antemano cuán inteligente era en materia lírica el que lo es en tantas otras del saber humano, Excelentísimo Sr. Conde de Morphy, secretario particular de la augusta persona que aquella noche presidia el teatro; y fué inmensa mi satisfaccion al oír la preciosa *sonatina española* de su composicion, para piano, que interpretaron la señorita doña Josefa Fernandez del Coro y D. Rafael Tomasi. Siguió á esta linda pieza, de marcado gusto clásico, otra del Sr. Jimenez, titulada *La Mañana*, excelente por cierto, y á ella un *solo* de Hummel, muy bien ejecutado al piano por la señorita doña Gloria Vildósola, y terminó con el *Inflamatus* del *Stabat Mater* de Rossini, debiendo su interpretacion á la señorita doña Elisa Rivas, y alumnos del Instituto.

Todas las piezas fueron muy aplaudidas, partiendo siempre la iniciativa de S. M., que permaneció en el teatro hasta la una y cuarto, hora á que terminó el concierto, segun mi reloj, en el cual tengo completa confianza.

El *buffet* estuvo excitante, pudiendo decirse que sobre aquella mesa hallábanse, en diversas formas comibles, la esplendidez y la más refinada coquetería culinaria.

S. M., que habia terminado de comer á las diez, aceptó la atencion del Círculo, tomando varios confites, y conversó con algunas amabilísimas señoritas; alimento que jamas cansa ni hace daño cuando las que lo suministran tienen, como en esta ocasion, belleza, gracia y educacion exquisita.

¡POBRE CRIATURA!

Al volver á mi alojamiento pasé por una callejuela, y me llamó la atención cierto corrillo que había á la puerta de una modestísima zapatería. La discusión era casi tumultuosa, y dos guardias municipales se agitaban en el centro del corrillo. De pronto rómpese aquel círculo y salen los dos guardias, conduciendo, poco ménos que á empujones, á un hombre en mangas de camisa, cuya edad (la del hombre, no la de la camisa) ni bajaba de los veinte ni llegaba á los treinta.

— ¡Bestia! — decía una mujer. — ¿Acaso ella podía dar á luz á voluntad de ese perro?

— ¡Infame! — exclamaba otra. — ¡Lo que hace el interés!

— Yo le ahorcaria — tartamudeaba una vieja.

— Pues yo, si fuera su mujer, no volvía á juntarme más con él — exclamó una joven robusta y no mal parecida.

— ¿Podré saber lo que sucede? — pregunté á todas ellas; y la no mal parecida se apresuró á contestarme:

— Ese bestia remendon tenía á la mujer de parto, y porque no salió anoche de su ocasión le acaba de dar una felpa que la ha puesto negra. ¡Infame! Dice que por haber nacido hoy la criatura pierde él mil reales, y añade que su mujer lo ha hecho de intento. Digo, como si eso fuera posible.

Todo lo comprendí entónces, recordando lo referido por Pedro Rodríguez, el intérprete, con respecto á que

el Municipio habia acordado « dar un premio de mil reales á cuatro hijos de legítimo matrimonio que nacieren en el mismo dia de la llegada del Rey á Cádiz. »

¡ Desgraciada criatura la que, hasta ántes de venir al mundo, es deseada por el interes!—Si el hijo del remendon hubiera nacido ganando cincuenta duros, la alegría de su padre no hubiera tenido límites.—El matrimonio sería legítimo indudablemente, cuando el marido se portaba de aquella manera, pero la expresion de aquellos sentimientos no podia ser más bastarda.

VIII.

PUERTO DE SANTA MARÍA, SAN FERNANDO Y TORREGORDA.

Día 30. — Domingo de Ramos.

Ventajas é inconvenientes de los ferro-carriles.—*Puerto de Santa María*.—Una excursión por las bodegas del Sr. Moreno de Mora.—Un parlamento de bellas señoritas y sus animadas discusiones.—La calle más poética del Puerto.—Un intruso en la comitiva.—El Guadalete.—*San Fernando*.—Observaciones sobre el Observatorio.—Una anécdota.—*Torregorda*.—Cañones y blindajes.—Regreso á Cádiz.—Visita á varios cuarteles.—La Fábrica de Tabacos.—Lo que en ella sucedió y lo que en ella vimos.

Hoy todos hemos probado nuestras fuerzas, y que las de S. M. son inagotables.

Aun el sueño no habia extinguido en mi mente el eco de las últimas notas del concierto de anoche, cuando ya esta mañana me hallaba en el andén del ferro-carril, dispuesto á salir en direccion al Puerto de Santa María, donde las bodegas del Sr. Moreno de Mora estaban llamadas á representar un importante papel.

S. M. que habia pernoctado en el palacio Aduana, fué, como siempre, puntualísimo, y el tren Real,

con porte majestuoso y severo, esperaba el instante de ponerse en marcha. Al fin la locomotora, tras un desagüe de vapor y dos ó tres suspiros, empezó á arrastrar aquella mole, tan pesada en realidad como ligera en apariencia, y yo comencé á saborear lo delicioso que es ir, como flecha disparada, muellemente recostado en una comodísima poltrona. ¡Lástima que los ferrocarriles tengan el inconveniente de los choques y de los descarrilamientos! Pero, bien pensado, ¿qué no tiene en este mundo su contrariedad? La más excelente comida puede indigestarse; el perro que nos ha guardado durante años puede rabiar y mordernos, y hasta la mujer más fiel puede descarrilar en un momento dado. Ahora bien; ¿hemos de huir del matrimonio por temor á una falta que puede no llegar á cometerse? ¿Hemos de matar todos los perros por temor de que alguno de ellos rabie? ¿Hemos de dejarnos extenuar de hambre por miedo á morir de una indigestion? •

Mucho más pudiera decir, pero el silbato hace señales, y la velocidad del tren disminuye por segundos. No es tiempo de filosofar. Es necesario prepararnos á correr. Acabamos de llegar al

PUERTO DE SANTA MARÍA.

Las poblaciones son al contrario de las mujeres; éstas con el tiempo decaen, y aquéllas se rejuvenecen; y mientras las últimas se afean á fuerza de años, aquéllas á fuerza de años adquieren mayor hermosura.

Prueba de ello sea la que ahora visitamos. Pobre reunion de casillas bajo la dominacion de Menesteo; mucho mayor, pero laberinto de tortusas callejuelas, en las manos del moro, es hoy preciosa ciudad de magníficos paseos, notables edificios y anchas calles.

El acontecimiento del dia ha sido, como indiqué, la visita al establecimiento vinícola del Sr. Moreno de Mora.

A haber dejado en libertad todo el vino que se hallaba en aquellas bodegas, hubieran hablado los periódicos de una inundacion en el Puerto. Y ved aquí cómo un *puerto* podia trasformarse en un *mar*, en el que hubieran perecido no pocos, guiados más por el deseo de arrojar-se á él que por el ímpetu de su oleaje. Pero afortunadamente el vino no salió de su clausura.

Al pasar el Rey por junto á un pequeño terrado, muchas señoritas, que en él habia, le saludaron con un entusiasmo verdaderamente indescriptible. Estas lindísimas jóvenes formaban una especie de bandada de aquellas palomas del teatro de Cádiz. Por doquiera que íbamos y habia azotea, allí aparecian: el por dónde pasaban es todavía un misterio para mí.

Entre los preparativos hechos para recibir al regio huésped, recuerdo, como en extremo notables, un precioso arco de barrilería y un castillo, edificado todo con duelas, el cual era practicable y constituia en la planta baja una especie de laberinto, del que mi pobre humanidad se vió apuradísima para salir, pues ménos afortunado que el héroe ateniense en el de Creta, carecia yo del hilo que le dió aquella joven con la que él hizo luégo un ovillo, ó mejor dicho, un enredo.

De las bodegas pasamos á la casa del señor de Mora,

donde S. M. se dignó aceptar el almuerzo que se le tenía preparado. La amabilísima dueña de la casa tuvo el honor de ser acompañada por D. Alfonso hasta la misma mesa, y cuando ambos se hubieron sentado, fueron ocupando sus puestos la régia comitiva, las primeras autoridades y los demas invitados.

Unid un sibarítico banquete á un exuberante apetito, y obtendréis la síntesis de este almuerzo.

Antes de tomar el café me dirigí á los corredores para fumar un cigarro. En este corredor habia dos preciosos bustos de barro cocido, cuya simpática expresion no olvidaré nunca. Pero lo verdaderamente inolvidable para todos será el improvisado espectáculo que presentaban las amplias escaleras.

Cuantas pollitas habian volado por las azoteas, se habian posado allí y discutian con todo el fuego de sus ardientes miradas. Era aquel un Parlamento *sui generis* digno de admiracion.

—Nada, nada—dijo por fin la más jóven— el *viva* lo doy yo, y VV. lo responden, callándose en seguida para que hable otra.—Á lo que respondió una rubia angelical :

—Pero lo que luégo sucede es que todas gritan y no se oye nada.

—Lo mejor es escalonarnos—exclamó una tercera.

—No me lo parece á mí.

—Pues sí.—Pues no.—Pues es lo mejor.

Y miéntras así discutian, sale el Rey del comedor; entra la confusion en las filas; nadie sabe donde ponerse; abren calle y..... estrecha era, no lo niego; pero, sin embargo, todos opinamos, S. M. el primero, que aque-

lla era, á no dudarle, la más hermosa *calle* del Puerto de Santa María.

En extremo complacido el Jefe del Estado, despidióse de los dueños de la casa; saludó con extremada galantería la preciosa doble fila, opuesto polo de aquellas otras que presentan las armas, y se dirigió á la estacion del ferro-carril, acompañado de cuantos á la carrera podian seguir el carruaje.

Á la subida en el wagon régio, un chiquillo, determinado como él solo, se tendió en el estribo del coche por el lado opuesto, y apénas estuvimos en marcha se asomó á la ventanilla para ver á S. M. con todo descanso. Cuando los jefes del tren se apercebieron de ello, era casi imposible parar, y sólo pudo lograrse agarrarle y meterle en uno de los otros carruajes.

Al regresar al Puerto, que yo no sé cómo lo haria, el mencionado viajero intruso referiria tal vez á sus amigos que habia ido con la comitiva régia, y en el fondo de la cuestion su dicho no sería del todo falso.

Si recordamos que baña el Guadalete la ciudad que atras vamos dejando, ¿cómo olvidar que este rio, hoy tan sereno, lo fué de sangre y de lágrimas en cierta época? Por allí empezó á brillar esa media luna que se oscureció después y para siempre en Granada.—Lamentemos la memoria del infeliz D. Rodrigo; bendigamos la de los Reyes Católicos, y continuemos nuestra narracion.

EL OBSERVATORIO.

Dice Conca en su ilustradísima obra : *Descripción odepórica della Spagna* :

« *All'uscire di questa cattedrale si passa inanzi all'osservatorio astronomico; questa fabbrica ci richiama alla memoria un'altra dello stesso genere che si deve costruire o nell'Isola ó nella nuova popolazione di San Carlo, et-cétera, etc.* »

Este párrafo solamente indica que el Observatorio de San Fernando es posterior al 1780, y por consiguiente, moderno. En cuanto á la Isla, nada tiene que envidiar á la más culta de las poblaciones.—Hablando astronómicamente, es una preciosa estrella fija del cielo andaluz. Dos cosas abundan en este privilegiado astro : las bellas hijas de la tierra y los arriesgados hijos del mar.

La Isla no es un destierro, como he oido decir á algunos ; y si lo es, yo lo eligiria con sumo gusto para comer entre aquellas blancas hermosuras el negro pan de la emigracion.—Con respecto á elegancia, puede verse, sin necesidad de telescopio, que abunda y en alto grado.

La antigua *Eritrea* y *Afrodizia*, la *Isla de Leon* (que recuerda al Marqués de Cádiz) y *San Fernando*, son cuatro nombres distintos y una sola poblacion, de la que mucho y bueno pudiera decirse. Pero el tiempo debe ser verdaderamente oro cuando tanto se nos escatima en esta ocasion.

La ciudad, ademas de sus naturales atractivos, osten-

ta hoy un vestido extremadamente pintoresco y gracioso. Se ha engalanado para recibir á D. Alfonso, y lo ha hecho cómo sabe efectuarlo una elegante y bella jóven cuando desea agradar.

El Observatorio, que es, al decir de todos, uno de los mejores de Europa, ha sido *observado* con toda detencion por el estudioso Monarca.

Yo me fijé muy escrupulosamente en aquella especie de *cañon Armstrong* que habia en la planta baja del edificio, y supe que hacia la guerra tan sólo á la ignorancia, sin necesidad de pólvora ni de proyectiles. Otros muchos instrumentos encerraba aquel científico establecimiento; pero ni su descripcion puede ser interesante á la generalidad, ni en ella verian mis lectores lo que por medio de ellos puede verse, que es lo importante.

Hay una cuarteta que dice :

El mentir de las estrellas
Es un seguro mentir,
Porque nadie pudo ir
A preguntárselo á ellas.

Pero la ciencia demuestra que si no nuestros cuerpos, nuestra inteligencia puede elevarse hasta los astros, que al fin y al cabo van probando lo contrario de lo que dice la copla. Y ahora recuerdo que hablando de astronomía en Elinazar con el ex-capitan D. Facundo, me dijo :

— Los astros y el cielo son una misma cosa; luego el que estúdia las estrellas pretende estudiar á Dios. Yo no extrañaria, pues, la invencion de un telescopio con el cual pudiera verse al Padre Eterno.

— Nada tiene de comun, amigo mio — le respondí —

la ciencia de los astros con el Supremo Sér, á cuya influencia se han creado.

—Sin embargo—añadió un ilustrado sacerdote que se hallaba presente—yo creo más fácil llegar á Dios que á la luna.

—Explíquese V.—le dijimos varios.

—Para acercarnos á la luna —respondió— carecemos de lo principal, que es el camino; para llegar hasta el Eterno le tenemos marcadísimo. Creo que el estudio no podrá llevarnos nunca á la atmósfera del astro refractor, pero estoy seguro de que por la senda de las buenas obras se llega hasta Dios.

He puesto aquí lo que antecede porque lo he recordado en el Observatorio. Si al lector satisface poco la filosófica consecuencia, déla por no escrita; y si tan sólo la cree fuera de su lugar, colóquela donde mejor le plazca.

De la isla de San Fernando hemos salido en carruaje hácia Torregorda, donde el Rey ha presenciado varios disparos de cañón, cuyos proyectiles han penetrado corazas de gruesas dimensiones.

Llegada por fin la hora de volver al tren, éste nos recibió á todos, y salió nuévemente con direccion á Cádiz, en alas del vapor.

El Rey, despues de haber descansado todo el dia, como acaban de ver mis lectores, se dirigió á visitar varios

cuarteles. Espaciosos patios, salas con muchas camas, salones llenos de armas, clases de dibujo, etc., etc. Hé aquí todo. No obstante, el de Santa Elena encerraba para el Monarca el inolvidable recuerdo de haber sido allí donde recibió los galones de *cabo*.

Más que una visita á los cuarteles, ha sido un saludo al ejército. Pero aún no ha terminado el día. Queda que visitar la

FÁBRICA DE TABACOS.

Increíble parece que un cigarro que yo me fumo; otro que se fuma N., otro que apura X., otro que tira Z., y en fin, que todos esos cigarros que andan por ahí de boca en boca, tengan su cuna en edificios magníficos y mantengan á un gran número de familias.—Yo creía que un infeliz *pitillo* era un sér despreciable. Ahora acabo de ver que pertenece á una *gran casa*.—La fachada de este notable edificio ostentaba una ancha franja de luz con cuatro soles y un letrero alusivo á la régia visita. Estas luces eran todas de gas y en número de ochocientas. Además de esto, las flores de lis que habia en los balcones, las colgaduras de los mismos, y la multitud de gallardetes de la azotea, la daban el aspecto de un suntuoso palacio.

Por varios señores de los que tienen en ella una elevada representacion, he sabido ser costumbre en Cádiz, costumbre que puede llamarse tradicional, el estar á cargo de las operarias el adorno de los talleres en los casos como el presente. Para este efecto traen de sus casas cuantos cuadros tienen y logran adquirir, así como colgaduras, fanales, etc. etc.

Tanta heterogeneidad forma, sin embargo, un conjunto homogéneo en lo variado, y que bien puede llamarse *excepcional*.

En el archivo, espaciosa oficina, y bajo un rico dosel de seda azul y grana, habia un retrato de D. Alfonso, tamaño natural, y en el mismo salon estaba colocada una mesa cubierta de exquisitos fiambres, sabrosas pastas y excelentes vinos, cuyo obsequio se dignó aceptar el Rey, quien despues fijó su atencion en una caprichosa y artística maceta confeccionada con hojas de tabaco, cuyo trabajo, obra de las operarias, se dedicaba por sus autoras, como un modestísimo recuerdo, al ilustre visitador.

La Junta del establecimiento habíale tambien preparado otros que, si mal no recuerdo, eran dos elegantes cajas de caoba con incrustaciones de relieve en su cubierta, donde decia: « *A S. M. D. Alfonso XII* », las cuales contenian doscientos cigarros puros esmeradamente elaborados, y dos grandes ruedas de cajetillas de cigarros con preciosas cubiertas é igual dedicatoria; todo lo que S. M. aceptó desde luégo.

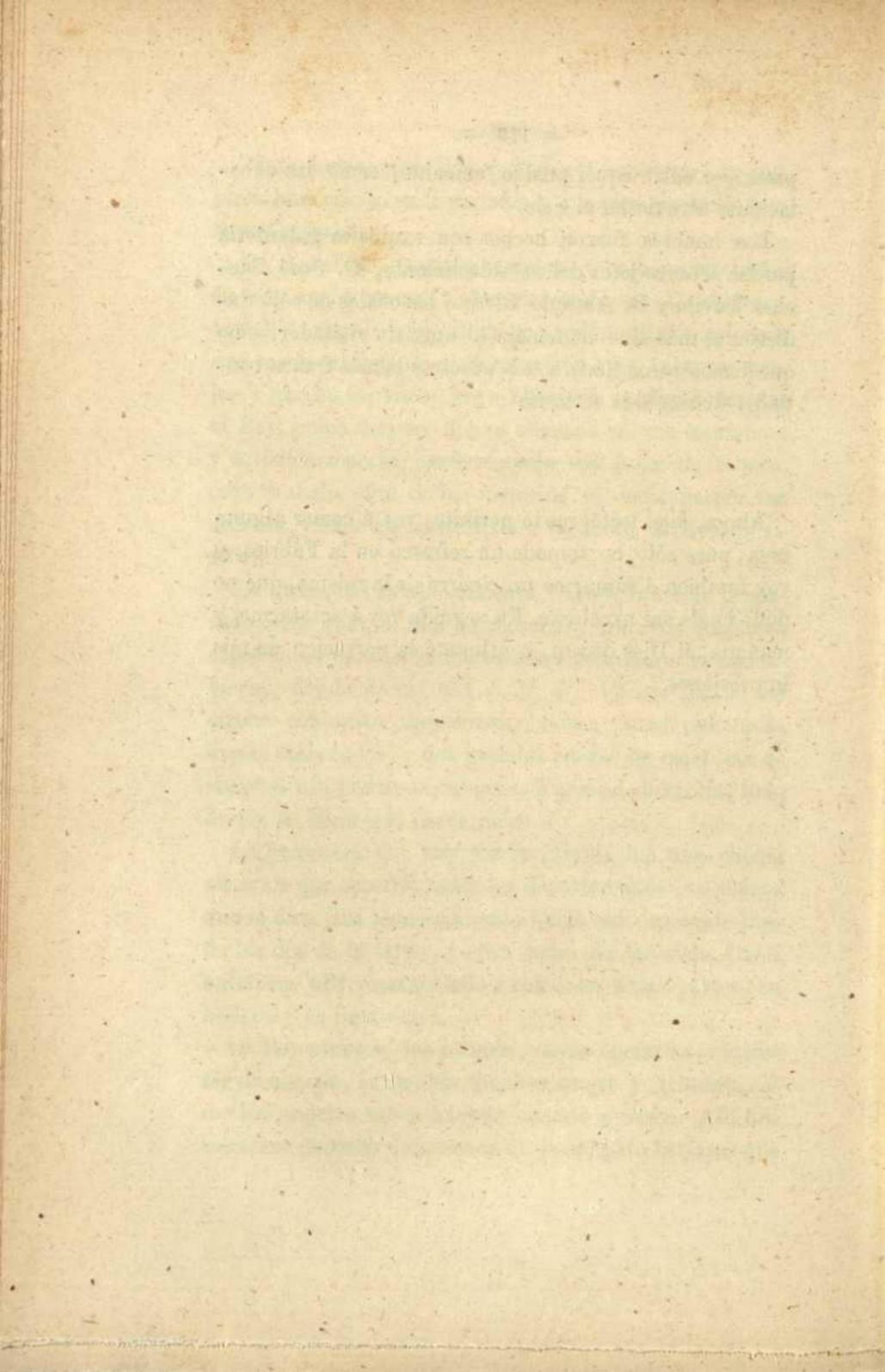
La presencia del Rey en la fábrica fué una chispa eléctrica que recorrió todos los departamentos en ménos que se dice. Tal acontecimiento habia sido esperado desde las dos de la tarde, y eran cerca de las siete. Cádiz hallábase allí representado, como en todas partes, en belleza y en ilustracion.

El Rey atravesó los talleres, cuyas operarias, radiantes de alegría, lucian sus mejores trajes y gritaban como las mujeres saben hacerlo cuando quieren. Allí hubiéramos deseado detenernos un poco, pero tuvimos que

pasar por entre aquel pueblo femenino, como las exhalaciones atraviesan el cielo.

Los honores fueron hechos con exquisita galantería por los señores jefes del establecimiento, D. José Sánchez Dávila y D. Antonio Rivero, los cuales no sólo rindieron el más fino homenaje al augusto visitador, sino que demostraron hácia todos nosotros la más franca bondad y distinguida cortesía.

Ahora, si el lector me lo permite, voy á comer alguna cosa, pues sólo he tomado un refresco en la Fábrica, y voy tambien á fumar un cigarro de la misma, que no dudo ha de ser excelente. En seguida voy á acostarme, y mañana, si Dios quiere, continuaré la narracion de mis impresiones.



IX.

DE CADIZ Á SEVILLA.

Día 26.

Despedida de S. M.—Un adios á lo que va pasando.—Recibimiento en Jerez.—Bellezà de las jerezanas.—Dicho de un elevado personaje.—La iglesia Colegial.—Visita á las bodegas de los Sres. Misa y Gonzalez.—Detalles curiosos.—Triste separacion.—«Cuervo.»—«Lebrija.»—«Las Cabezas.»—Una villa hecha ciudad.—«Dos Hermanas.»—SEVILLA.—Llegada del Rey y de la Princesa de Astúrias.—El diluvio de agua y de flores.—El *Te-Deum* en la Catedral.—La recepcion en el Alcázar.—El palacio del Rey y el hogar de la familia.

Hemos abandonado á Cádiz á las ocho y treinta y cinco minutos de la mañana.

Ántes de partir S. M. se ha despedido de las dotaciones y tripulantes de la escuadra con una sentida, patriótica y cariñosa alocucion.

El tren Real se ha alejado de Cádiz entre una salva de aclamaciones y otra de artillería.

La velocidad aumenta, y mi temor se acrece en razon directa á la velocidad. La Providencia nos saque con bien.

Adios, San Fernando. Vuelvo á verte, pero es desde

léjos. Adios, blanquísimas pirámides formadas con la sal de Andalucía, y que no sois, como las del Egipto,

Soberbias tumbas de opulentos reyes,
Sino riquezas de la humana industria.

Adios, gracioso Puerto-Real, que sobre las ruinas del *Porthus gaditanus* te alzaste á la voz de los Reyes Católicos. Adios, en fin, Puerto de Santa María, cuyo recuerdo del *ayer* no borrará jamas de nuestra memoria el *mañana* del porvenir.

Jerez nos espera, y la locomotora acaba de saludarle con un prolongado grito de alegría.

JEREZ.

Las nubes, como siempre que entramos en alguna poblacion, nos envian sus constantes rociones para refrescarnos de la irritacion del camino.

Mi frac de esto se queja,
Mas yo le digo:
— ¿Qué me importa te enojas,
Si no eres mio?
Y él, traicionero,
Al calarse, me cala
Que es un contento.

Los trenes que se habian preparado para el agosto viajero y comitiva, eran verdaderamente regios. Las espaciosas calles que recorrimos desde el desembarcadero hasta la iglesia colegial constituyeron, puede decirse, las galerías de un Museo, cuyos cuadros jamas pincel de artista hubiera podido reproducir. Habia en aquellos bal-

cones modelos de Rafael, de Murillo, de Miguel Ángel, del Ticiano, de Cellini, de cuantos, en fin, han manejado la paleta ó el cincel; pero les sobrepujaban en que ni aquellos rostros eran lienzos, ni aquellas estatuas eran de piedra.

¡Qué bien dijo entonces un elevadísimo personaje: —«Si como las flores y las palomas pudieran arrojar-se las palabras y las miradas, ¡cuánto más expresivos no serian tales recuerdos, y con cuánto más placer no se conservarían!»— Comprendiéndose perfectamente que no hablaba de hermosuras *empedernidas*.

Miéntas se cantaba el *Te-Deum* en la iglesia colegiata, casi sofocado por un murmullo imposible de evitar, me dijo un señor sacerdote que este templo, empezado á edificar por el arzobispo que fué de Sevilla, don Manuel Árias, se terminó por el infante D. Luis, arzobispo de Toledo; añadió que era lástima no pudiéramos detenernos á ver el Museo y curiosa Biblioteca que contiene; díjome que hoy cuenta la ciudad siete iglesias parroquiales, algunas de ellas muy notables; y manifestó-me, en fin, este buen señor, cuán poca influencia habian tenido las ideas disolventes en el recto criterio popular de los jerezanos.

Terminado el *Te-Deum*, nos hallamos de nuevo al aire libre, donde las aclamaciones y la expansiva alegría estallaron sin restriccion.

BODEGAS DE JEREZ.

Siendo célebres en todo el mundo los vinos de Jerez, nada más justo que visitar las principales bodegas don-

de se encierra tan inestimable riqueza en forma líquida.

De las dos que S. M. se ha dignado honrar con su presencia, la primera ha sido la perteneciente al señor D. Manuel Misa, conde de Bayona.

La recepcion fué digna del altísimo personaje á quien el Sr. Misa esperaba, y con esto está dicho todo.—Arcos y adornos del mejor gusto daban entrada á aquellas inmensas galerías de toneles que se pierden de vista, como con su contenido se suele perder la cabeza.—En el espléndido *buffet*, capaz de abrir el apetito al más inapetente, probó el regio invitado algunos vinos. Tocante á la comitiva, no puedo decir lo mismo; creo que comió de todo lo sólido y no desairó nada de lo líquido.

Allí, como en todas partes, el sexo hermoso lucia sus atractivos y favorecia, poetizándolo, un recinto que por sí solo, y diariamente, debe ser bastante prosaico.

—¡Calla, blasfemo!—hubiérame podido responder el contenido de los toneles.—¿No soy yo el que en más de un banquete ha inspirado poéticas improvisaciones? ¿No soy yo el que anima la sociedad, siempre que ésta no se empeña en animarme demasiado?—Confieso que á tales preguntas no hubiera sabido qué responder. Pero afortunadamente el vino no dijo: esta boca es mia.—Poco despues salimos de aquellas bodegas para entrar en las del Sr. D. Manuel María Gonzalez Byass y Compañía, cuya visita hacia S. M. el Rey quince años despues de haber estado en ellas su augusta Madre.

Este magnífico establecimiento de extraccion vinícola, que ocupa una superficie de seis y media hectáreas, contiene un sinnúmero de departamentos, tan perfectamente acondicionados como útiles y curiosos. Su existencia

permanente es de 20.000 botas de vino; cuenta seis máquinas de vapor; tiene 240 empleados, y ocupa por término medio 400 operarios cada día, en las viñas y otras dependencias de la industria, tanto aquí como en las sucursales de Montilla, Sanlúcar, Puerto de Santa María, etc.

En cuanto á la creciente exportacion, baste decir que en el primer año de su fundacion salieron de aquí 10 botas de vino, y 8.018 en el de 1876, habiendo sido el mejor año el de 1873, que se exportaron la friolera de 10.409 botas!

He hecho por gusto la suma total de todo lo exportado, y de ello me resulta un total de más de 80.000 botas en cuarenta y dos años!

En un precioso salon del mejor gusto hallábase preparado el mal llamado refresco y bien llamado almuerzo, cuyos honores hacian tan lindas, comunicativas y afectuosas señoras y señoritas, que si con todas sucediera lo que con ellas, opina una gran parte de la comitiva que la palabra *olvido* no tendria razon alguna de existir.

En el departamento de las grandes cubas, y á la entrada de S. M., se llenaron simultáneamente hasta quince botas de vinos combinados.—Pero el Sr. Gonzalez, alfoventar la industria, no ha olvidado la educacion del obrero, y ha querido que sus operarios tengan en aquel establecimiento escuelas para sus hijos, donde reciban educacion á la vista del trabajo, principio altamente civilizador que honra sobremanera al opulento capitalista jerezano, quien recibió de S. M. los más sinceros plácemes.

SIGAMOS.

Celebrado el regio almuerzo en el tradicional edificio donde aún existe la célebre *Torre del Homenaje*, tuvo lugar la recepcion, que suprimo describir para continuar evitando repeticiones.

S. M. visitó tambien en Jerez el nacimiento de aguas llamado de *Tempul*, magnífica edificacion, bajo cuyas extensas galerías duerme un, al parecer, tranquilo lago, cuyas aguas son la vida de la ciudad.

Y ya estamos de nuevo en el tren.—No les asombre á ustedes esta transicion.—Nosotros viajamos al *vapor*, y los hechos pasan ante nuestros ojos como pasan los objetos ante la locomotora, lo que no evita que se reciban impresiones de todas clases; y como las mias son las que procuro manifestar en los presentes apuntes, el objeto se logra: á quien desee más datos ó quiera más detalles, no del viaje á Andalucía, sino de todo el viaje de S. M., yo le aseguro que ha de hallarlos en la crónica que el ilustrado Sr. Fernandez Duro, ayudante del Rey, escribirá probablemente.

En cuanto á Jerez, puedo decir que me ha *impresionado* de una manera extraordinariamente agradable. ¿Es posible por ventura apagar en las almas el fuego que encienden unos ojos? Pues del mismo modo no puede apagarse en la mia el reflejo de esa luz especial que destella una poblacion tan linda, una expansion tan verdadera,

un carácter tan franco y un conjunto tan delicioso como es el de este humano jardín, una de cuyas más lindas flores habia ya conocido en Málaga bajo el nombre de Emilia Paster.

Altamente complacido y altamente disgustado se aleja S. M. de este encantado suelo; y así tuvo á bien expresarlo al empezar la rotacion de los férreos coches. Altamente complacido de la poblacion, y altamente disgustado de no haber podido permanecer en ella más que cuatro horas.

Á las dos y quince minutos pasamos por *Cuervo*, que parecia una blanca mariposa. Sin embargo, por poco nos saltan los ojos, no otros cuervos, sino unos palos con banderas que habia demasiado cerca del tren, lo que ha podido tambien aplicarse á otras várias estaciones. Á las dos y treinta y cinco (siempre por tipo mi reloj) llegamos á *Lebrija*. Dos minutos solamente permaneció el tren real ante *Las Cabezas*, viendo el inconmensurable número de ellas que hallí habia. Por *Las Alcantarillas* pasamos como bala disparada, y nos detuvimos algo en *Utrera*, donde esperaban á S. M. el Subgobernador, Ayuntamiento, clero, señores jueces y fiscales del partido de la municipalidad, el Sr. D. Enrique de la Cuadra, diputado á Córtes, el Sr. Sanchez Silva, ex-senador del Reino, y varios maestranes. S. M. bajó del coche regio entre una salva de aclamaciones, y penetró en la estacion por entre dos deliciosas barreras de bellísimas damas que le ofrecieron flores y palomas.

Si todas las que yo he tenido, de estas últimas, en la mano hubiera podido traérmelas á Elinazar, hoy osten-

taria un palomar el más hermoso, más blanco y de procedencia más encantadora que pudiera imaginar la fantasía. Pero no hay dicha completa; y de aquellas blancas hijas del aire, símbolos de pureza, é inspiracion de no pocos poétas, las que no eran devueltas por varios de nosotros mismos á la preciosa red de unos dedos de alabastro, caian, por lo general, en esa *mano negra*, no ya terror de los muchachos, sino terror de las palomas. Ignoró el por qué sucedia; pero que sucedia era cierto: volaban por todos lados, temiendo posarse en una rama ó en el borde de un balcon, donde hubieran hallado cariñosa hospitalidad, y luégo venian á ser presa de la chiquillería, con diez ó doce plumas de ménos y con algun estrujon de más. Este razonamiento puede tener su moraleja, y allá va en renglones más cortos para que os parezca ménos larga:

Paloma, de los hombres tan querida,
Que de tela, y no plumas, es tu traje;
Si gratas impresiones de viaje
Quieres, en el que llaman de la vida,
No vayas presurosa ni aturdida
Buscando do posar tus afecciones,
Que de ese modo es fácil la caida
En la funesta red de las pasiones.

La sala de la estacion ostentaba un refresco para S. M., atencion, segun se me dijo, del Sr. de la Cuadra.—Allí supe que el señor Alcalde de aquella poblacion fué uno de los que en 1873 lucharon en Utrera por la causa del órden, recibiendo una herida, cuyo proyectil no se le ha podido extraer, y por intermedio de dicho señor supo, á su vez, el Rey la aspiracion de Utrera á ser nombrada

ciudad; y como fuera acogida al instante la peticion, no tuvo límites el agradecimiento.

—¡Viva el Rey!— gritaron todos los allí reunidos; y el Monarca respondió desde el tren, agitando su ros:

—¡Viva la *ciudad* de Utrera!

La poblacion de *Dos Hermanas* apareció poco despues á nuestra vista, y en su estacion nos detuvimos tres minutos. La deliciosa quinta del Sr. D. José Lamarque de Novoa, «Alqueria del Pilar», ostentaba un arco árabe, gallardetes y banderas. El Sr. Ibarra, alcalde de Sevilla, habia tambien engalanado la bodega que posee próxima á la vía férrea. En cuanto al Municipio, no se habia quedado atras. En uno de los arcos leíase perfectamente:

DOS HERMANAS, Á SU REY,

pero no así con letras de molde, sino con hermosísimas naranjas, cada una de las cuales parecia decir á nuestras secas fáucés:

Desde aquí tu intencion inícuo veo;
Pero no ha de cumplirse tu deseo.

Enfrente habia otro arco y otro letrero, para combinar cuyas letras se habian reunido infinidad de apetitosas aceitunas gordales, escribiendo con sus propios cuerpos: ¡VIVA ALFONSO XII!

Dando las cuatro, hora fijada en la hoja de marcha del tren, para llegar á Sevilla, pasaba el regio convoy

ante la cuna de Murillo, por más que unos partes telegráficos hayan dicho á las cuatro ménos cuarto y otros á las cuatro y ocho minutos.

El honor del tren se habia salvado.

En aquel andén esperaba á S. M. una doble satisfaccion; la de saludar á un gran pueblo y la de estrechar contra su pecho á los seres más queridos del alma. S. M. la Reina y sus augustas hijas doña Pilar, doña Paz y doña Eulalia, le aguardaban en compañía de los Serenísimos Sres. Duques de Montpensier y de las infantas doña Cristina y doña Mercedes. Faltaba S. A. R. la Princesa de Astúrias, y llegó á los pocos momentos.

La augusta señora hermana del Monarca venía de Córdoba, y habia sido acompañada desde Madrid por los Sres. Condes de Toreno, Marqueses de Santa Cruz y de Nájera, general Primo de Rivera y los Sres. Condes del Pilar y de Agramonte, habiéndose incorporado á la comitiva de S. A. el Sr. Salido, gobernador de aquella provincia.

Esta vez no llovia, diluviaba.

En la sala de descanso, el Sr. D. José María de Ibarra, alcalde de Sevilla, tuvo la honra de saludar á S. M. con una breve pero erudita y sensata manifestacion de gratitud, á nombre de la ciudad.

El Jefe del Estado, no obstante la emocion de que se hallaba poseido, escuchó con vivo interes al Sr. Alcalde, y respondió con una soltura que no es ciertamente usual en tan solemnes casos, las ideas que procuro concretar en las siguientes palabras :

«La Historia, Sr. Alcalde, ha fijado en mi mente con recuerdos indelebles las glorias de Sevilla, y el presente

viaje acaba de hacerme conocer el estado industrial de las provincias andaluzas. Poco soy yo, sin duda, para aspirar á la justa fama de aquellos reyes; pero así como con el general concurso hemos llegado á la paz, base de todo porvenir, así espero que tambien con el concurso de todos los buenos españoles sabrémos aprovecharla. Y esto puede lograrse fácilmente cuando de consuno trabajan y de comun acuerdo, el deseo del Rey y las aspiraciones del pueblo.»

Acogida, como era de esperar, tan patriótica respuesta, montó un magnífico corcel bayo claro, perfectamente enjaezado y que para su entrada en Sevilla le habia ofrecido el Sr. Duque de Montpensier, dirigiéndose á la catedral entre una lluvia tan abundante de flores como de agua.

Pero á falta del sol del cielo, abundaban los de la tierra, y los de la tierra andaluza, que son indudablemente los que más abrasan.

Nosotros, y ésta es la verdad (me apelo á varios de mis compañeros de viaje en caso de duda), hemos tenido la desgracia, y la seguimos teniendo, de ver caras tan hermosas como nunca las habíamos soñado, y la fatalidad de soñar despues con las que hemos visto. He dicho la *desgracia*, y no me arrepiento, pues nada hay peor que ver la dicha á dos pasos de distancia, y verla siempre del mismo modo que si se caminase en una locomotora á todo vapor por el inmenso paraíso de las hurfes. Las mujeres más bellas aparecen y desaparecen á nuestros ojos con la más desconsoladora rapidez; las jóvenes que hemos visto hoy no son las de ayer, no son las de hoy mismo, no son las de por la mañana, no son las de

hace una hora, no son las de hace un minuto; y por una fatalidad que lamentamos, se pasa el dia viendo mujeres hermosísimas, y llega la noche sin que hayamos podido cambiar con ellas ni una sola palabra. Cese, cese vuestra envidia, pollos enamorados, si á envidiarnos llegasteis. Nuestra dicha en este punto es completamente ilusoria. Soñamos, es cierto, con aquellos rostros; pero aunque Calderon ha dicho que la vida es sueño, reios de eso, amigos míos; los sueños son ilusiones, y las ilusiones nunca son realidades.

Brillaban, pues, como he dicho, aquellos soles mientras el del cielo se ocultaba, no queriendo, quizás, la competencia, y lloraban amargamente las nubes al ver el retraimiento del que las viste de colores y hasta las hace aparecer hermosas. Pero nadie se cuidaba de ese llanto; se corria por el fango como por una alfombra, y se recibían los goterones como lluvia de hojas de rosa.

Al pasar por un sitio de extremada amplitud, vi muchas tablas colocadas como para formar casillas. Se me dijo que aquél era el real de la feria. ¡Célebre feria de Sevilla! Yo no te conoceré este año más que por esos tablones.

Después de caminar bastante en carruaje cerrado, por fortuna (y ¡ay Dios! también por desgracia), pasamos por debajo de un pintoresco arco y entramos en la calle Nueva de San Fernando, hoy de Alfonso XII, y desde allí, sin disminuir el agua, fué aumentando la concurrencia. En algunas partes el tránsito era casi imposible.

Don Alfonso llegó por fin á la catedral; ante la puerta mayor bajó del caballo con la rapidez que acostumbra á hacerlo, y penetró en el templo, cuya entrada, severa-

mente revestida de terciopelo grana con franjas de oro, empezaba á demostrar lo que es el lujo de las iglesias sevillanas. Recibióle el señor Dean, quien le presentó el *Lignum Crucis* y preguntóle si prometia acatar los fueros y prerogativas de la Iglesia.

—Las acato,—dijo D. Alfonso besando la sagrada reliquia.— En seguida, y ante páblio, se dirigió al altar mayor.

Terminado el *Te-Deum*, presenció el desfile de las tropas, colocándose entre la Catedral y la Casa-Lonja.

Poco ántes de las seis tuvo lugar la recepcion en el Alcázar. Este acto fué esencialmente revestido en Sevilla de la mayor solemnidad, destacándose entre la infinidad de variados y lujosos uniformes los de la Real Maestranza, encendidos como el fuego y brillantes como la plata.

Cuando hubo terminado el acto oficial, S. M. dejó de ser Rey para ser tan sólo hijo y hermano.
